

JOAQUIN GARAY REYES

MOTIVOS

TOMO II

RANCAGÜIN 

RANCAGUA 1968

## DEL AUTOR

*Motivos Rancagüinos.* Tomo I -  
Crónicas 1934.

*Pechos Generosos.* Relatos, 1938.

*Anochecer.* Narraciones. Cuentos,  
1947.

*Don Juan Nicolás Rubio.* Cróni-  
cas. Anécdotas, 1951.

*Motivos Rancagüinos.* Tomo II.  
Crónicas, 1968.

JOAQUIN GARAY REYES

MOTIVOS  
RANCAGÜINOS

T O M O II

RANCAGUA

Es propiedad  
Derechos reservados

BIBLIOTECA NACIONAL  
SECCION CONTROL

Impreso en los Talleres  
de Arancibia Hnos.  
Santiago-Chile

## INTRODUCCION

Casi todas estas narraciones o crónicas fueron admitidas en años anteriores —entre muchas otras y como colaboraciones— en la más antigua y conocida empresa periodística local; ahora con algunas correcciones y agregados.

Así se formó el presente y modesto segundo tomo de "Motivos Rancagüinos".

Anotaciones y apuntes rápidos, tomados al pasar, de diarios, revistas, artículos, libros, o de datos cedidos por personas amigas y por recuerdos han servido para redactarlo y que son retazos y aspectos sin relaciones entre sí y sin uniformidad en el todo. Enfocan latidos y resonancias dispersos y diferentes de la vida de nuestra ciudad.

No siempre se añade al término de cada trabajo ni del folleto la sección Bibliografía, como es costumbre, la que habría salido demasiado frondosa, desproporcionada con el contenido de sus páginas.

El autor

## LAS BANDERAS DE RANCAGUA

Con este título el escritor don Galvarino Montaldo Bustos, en la edición de "El Rancagüino" del 2 de Octubre de 1963, publicó un importante artículo que tiene relación con este tema, el que ha interesado y apasionado a historiadores y eruditos, a educadores, a ignorantes y letrados. Según él, no se han encontrado los eslabones perdidos o que yacen en penumbras, los que podrían permitir se continuara la ruta, hasta hallar la mina que establezca y despeje y que entregue aureolada de contentamiento a los chilenos en general y a Rancagua en particular la solución con razón tan anhelada.

Después de anotar citas de autores e investigadores y de amoldar con oportunas frases su colaboración, el articulista pide la ayuda ciudadana, de los habitantes y de familias entroncadas con los viejos hogares de la población, para avanzar en la búsqueda que puede llevar —si todavía es viable— a la recuperación de las sagradas reliquias que fueron estrellas que guiaron a los héroes en la Batalla de Octubre de 1814. Su llamado no caerá entero en el vacío. Es materia que aún es capaz de cautivar a quienes se dedican a semejantes aficiones o estudios.

Saliendo de una fila imaginaria, salté modestamente a la palestra idem, no con un manojo de documentos recién recogidos ni con amarillentas y roídas páginas inéditas ni armado de copias de relatos no oficiales, orales o escritos, que pudieron dejar antepa-

sados lugareños. Era menos espectacular el procedimiento. Como rancagüino, quise aportar una miga (el grano de arena ya está enormemente trillado...), por si prestara algún servicio en la ubicación y en el buen propósito del señor Montaldo Bustos, especialmente porque es interesante y patriótico poder saciar esa inquietud y esa curiosidad.

Dos escritores que gustaban desarrollar trabajos históricos en la prensa, don Luis Adán Molina y don Nicanor Molinare, publicaron en "El Mercurio" y en "Zig-Zag", respectivamente, sendas crónicas al respecto, que llevan a la vez el nombre de "Las Banderas de Rancagua". La primera es del 19 de Febrero de 1928, y la segunda, alrededor de esa fecha. Ambos reproducen párrafos, los resumen o arreglan con frases adecuadas, de las mismas o parecidas fuentes de información que seguramente sirvieron en esta ocasión.

Molina pone punto final a su escrito en el ocaso de las muchas festividades habidas en la ciudad heroica en 1821, celebrando la llegada desde el Perú a su regazo de tan incalculables trofeos. Y desde ahí pierde la pista y los rastros de las insignias. Se convenció de que ya no existían, pues dice le fueron infructuosas las gestiones que hizo por saber y tener noticias apropiadas.

Molinare da pasos más largos y seguros, teniendo más suerte; pero no llegó al término, lastimosamente. Concluye así su redacción: "¿Existen todavía las banderas enlutadas de Rancagua? Creemos que sí: en 1872, cuando don Benjamín Vicuña Mackenna inauguró la estatua ecuestre de O'Higgins en la Alameda de Santiago, las famosas enseñas fueron traídas desde Rancagua y presentes estuvieron a tan solemnes actos. Alguien, cuyo nombre reservamos, nos asevera que una respetada y conocida señora que lleva apellidos que encarnan preciados abolengos, porque sus antepasados sirvieron con honra a la República,

guarda y conserva los sacros pendones, bajo cuya sombra peleó dos días la heroica legión de chilenos que acaudilló en Rancagua O'Higgins, El Grande".

En el panorama que explayan las casi últimas líneas caben muchas apreciaciones y preguntas, las cuales —al satisfacerse cuanto antes posible— podrían traer luces que sirvieran de antorchas a los pacientes investigadores que trabajarían después, hasta descubrir el lugar, el seno que cobija o esconde a tan importantes y bellos recuerdos, que son patrimonio de esta ciudad, principalmente. ¿Por qué no devolvieron los gobernantes capitalinos las banderas a su debido tiempo, después de las ceremonias del monumento? ¿Qué desidia o falta de memoria doblegaron a las autoridades civiles y religiosas rancagüinas para no hacer las diligencias necesarias y recuperarlas? ¿Qué dejaciones coloniales aún anesthesiaban a la gente para no dejar testimonios documentales a la posteridad de sus actuaciones públicas?

Después de las festividades —según dicen— las banderas fueron entregadas a una "respetada y conocida señora". ¿Por qué y de quién recibió un regalo pasajero o no, objeto que tenía otros dueños? ¿Quién fue ella? Sus familiares ¿no tendrán por casualidad a su alcance datos agradables y llenos de desprendimiento, intensamente valiosos para despejar la incógnita?

Es posible y no improbable —la alocada fantasía tiene libertad para suponer, divagar, deducir o repetir— que ellas hayan sido puestas en manos, como una atención, galantería y gentil rasgo, muy respetables y de oportuna, de alguna de las damas de las alturas que presenciaban y daban brillo a los actos, cercanamente o no emparentada con el Presidente de la República, el Excmo. don Federico Errázuriz Zañartu, (1871-1876). Puede haber sido su señora madre, su señora esposa, una hija. El apellido de la primera fue Zañartu y de la segunda, Echaurren. Tal

vez, y con toda seguridad, fueron entregadas momentáneamente, las que por olvido o descuido no han aparecido hasta ahora.

Las descendientes de aquellas personas, alta y dignamente colocadas en la sociedad chilena y sus amistades, que deben tener larga lista, podrían confirmar o negar lo anotado o dar un poco de claridad a esta cuestión que es un pedazo de la tradición de la patria que está en la oscuridad. ¿Y no sería conveniente, en otro sentido, ceder o proponer el asunto a una institución especializada, como la Academia Chilena de la Historia u otras, por ejemplo?

Volviendo atrás, don Benjamín Vicuña Mackenna, Intendente en aquellos años, fue el alma dirigente de la inauguración. En exposición o Memoria extensa que presentó a la Municipalidad como cuenta de su labor, el 5 de Marzo de 1873, que después publicó en forma de libro de 241 páginas y que tituló "Un año en la Intendencia de Santiago", expone ahí con lujo de detalles y ameno estilo literario todo lo que hizo, transformó y trajinó durante ese período, y lo que podría remediar o iniciar en lo sucesivo. Habla de barrios, pavimentación, locomoción, carruajes, caminos, paseos, locales, calles, teatros, fiestas, entretenimientos populares monumentos, escuelas, moralización, establecimientos de beneficencia, adelantos surtidos. Habla hasta de la epidemia de viruela que azotó a la ciudad, (y también al resto del país). Es un interesante mosaico e instructiva descripción de ese lapso, adornado de números, estadísticas y nombres de personas que le ayudaron y que en ese entonces tenían marcada figuración. Es, en resumen, un trozo capitalino empapado en matices, vida, actividad y comentarios.

En el capítulo especial llamado Inauguraciones, narra las que hubo. Entre ellas está la erección del

monumento, en Marzo de 1872, y dice: "El 9 de ese mismo mes, la inauguración de la estatua del general O'Higgins, para lo cual se adoptó un procedimiento inusitado, formándose una inmensa procesión de escuelas, gremios, corporaciones, clero, ejército, cuerpo de Marina, veteranos de la Independencia, el Cuerpo Diplomático, los grandes poderes públicos, etc., y la cual se dirigió desde la Plaza de Armas hasta la Alameda, a través de una doble fila de tropa. El ensayo fue completamente feliz y se ha reputado que ha sido la fiesta de mayor concurrencia, y al propio tiempo de mayor orden de la ciudad. Se ha calculado que la presenciaron no menos de 50.000 personas".

Pero no dice absolutamente nada, no hace mención siquiera de las banderas rancagüinas. ¿O fue que en realidad no estuvieron presentes en las solemnidades?

Empezando otros caminos, por si se avisaba algún derrotero, fui a la Biblioteca Nacional. Un halo de esperanza palpitó desfigurado en la mente y en el aire. Después de indagar y subir escalas de mármol, llenar papeles y dar explicaciones, me entregaron "El Ferrocarril" de 1872. Está bien conservada la colección; es un diario muy grande, el doble de los actuales, al que llamaron —en tono festivo— diario, sábana, igual que a sus contemporáneos, de dos hojas y cuatro páginas. Difícil sería ir leyéndolo abierto íntegro por las calles... Nada objetivo y gráfico que ayudara a ilustrar. Ningún dibujo, ningún "mono", ni para un antojo. Faltan informaciones deportivas y cablegramas del extranjero. Miserables atractivos para las masas populares. ¿Escasearían reporteros, fotógrafos, colaboradores, los que al periodismo de hoy sobran? ¡Qué frialdad y qué lejos y diferentes estamos a mediados del siglo XX!

Al hojear todo el mes de Marzo, no encontré

párrafo alguno que se refiriera a las festividades, a pesar de ser un acontecimiento de carácter patriótico acumulado en Santiago. Solamente que todo se hubiera dado a conocer en pocas y escondidas líneas, fáciles de no distinguir y de las cuales el que esto escribe se extravió (nadie es infalible). En resumidas cuentas, iba fracasando en el propósito.

Pedí, a continuación, otro diario de la época, "El Independiente", donde tampoco apareció nada relativo al objeto de mi busca. Desalentado, no quise me entregaran "La República" o "El Mercurio" de Valparaíso, pensando que toda la prensa de Chile desarrollaría su misión inspirada en los movimientos de la batuta de costumbres de esos años apacibles.

Una oportunidad se produjo, en este problema, cuando hace cerca de 40 años atrás Nicanor Molinare en "Zig-Zag" dijo —refiriéndose a las banderas enlutadas— que alguien les había comunicado que una señora de abolengos guardaba y conservaba las importantes reliquias. Algunas personas debieron tomar de los pelos el indicio, la novedad, la débil luz —un escritor con gustos históricos, una autoridad, un rancagüino— lo que habría llevado a la pista necesaria. Se pudo localizar, quizás, a la dama o su familia, usando tácticas suaves y diplomáticas. Los lustros pasan, corren; las gentes que poseen secretos y datos valiosos del pasado fallecen, la indolencia perdura y las generaciones que siguen quedan desprovistas de interesantes asuntos que son pedazos de la tradición patriótica y de la nacionalidad.

El cielo quiera que aún se consiga una señal y que las indagaciones futuras den mejores resultados y permitan saciar esas aspiraciones de los rancagüinos, pues son parte del Sitio sostenido en su ciudad. No importa que tales famosos tesoros espirituales y materiales, unificadores del alma de todos los chilenos, que tan históricos trapos de la Patria Vieja regresen descoloridos, deshilachados, apollillados, sin

ánimos, maltratados por los viajes, el reposo, la destrucción y la indiferencia; o que sean residuos o fragmentos. Lo esencial y forzoso es que vuelvan. Que aparezcan para honrarlos como huesos santos. Y si están desintegrados, deshechos, sin formas, venerarlos dentro de un cofre o urna, y ser colocados aquí donde corresponde y en el corazón hinchado de emoción y agradecimiento de los ciudadanos de ahora y venideros.

En último caso, si se les recupera en el futuro, que les rindan los debidos homenajes quienes vivan en 2014, Octubre, cuando se celebre el 2º Centenario de la gloriosa batalla. Y si ya están perdidas para siempre, no tendrían más remedio ni mejor salida honrosa que desparramar laureles, honores y discursos múltiples, sacudidos por las brisas abstractas de la simbolización.

Alguien me ha dicho que hace falta en esta Crónica una noticia que se relacione con la estada de las banderas en la ciudad después del heroico suceso y hasta cuando fueron llevadas de aquí para solemnizar el descubrimiento escultórico en la capital, en 1872. Con el objeto de complacerlo, anoto lo que dice la historia y copio a continuación párrafos de un pequeño trabajo publicado en la prensa dos años atrás, y que pueden satisfacer los deseos de esa persona.

“Dándose cuenta el Padre de la Patria del cercano desenlace y de lo inútil de toda resistencia, con las escasas tropas y armas de que aún disponían, optó por abandonar el sitio, y en medio de la confusión de la retirada, nadie recordó ni pudo conservar o atesorar las enseñas traspasadas de balas, las que fueron arrebatadas de las manos de los patriotas heridos por los realistas que entraban a la Plaza, furiosos y triunfantes...

Mucho antes de empezar el combate, don Maria-

no Osorio, coronel y jefe del ejército español, católico y devoto de la Virgen del Rosario, hizo la promesa de enviar a esta imagen, venerada en Lima, los estandartes y banderas que pudiera tomar a los chilenos en esa lucha de la reconquista. A fines de Octubre partía desde Valparaíso hacia El Callao la goleta "Mercedes", con algunos oficiales realistas y todos los pendones que representaban la agonía de la Patria Vieja. Entre ellos no faltaban los llevados de Rancagua; todos se hicieron colocar en el altar de esa Virgen de la Iglesia de Santo Domingo, y recibidos con gran alborozo por el Virrey Abascal, muchedumbres de gentes y fiestas religiosas. Se celebró, al mismo tiempo, el término de la contienda en Chile y el dominio de las fuerzas hispánicas.

Esto sucedía en 1814. En Mendoza se comenzó a preparar el Ejército Libertador chileno-argentino. Después del feliz paso de los Andes y de los triunfos de Chacabuco y Maipú y después de que la Expedición Libertadora vencía a los realistas en el Perú y se tomaba Lima, seis años más tarde, 1820, las banderas recibidas con tanta algazara por el Virrey y sus súbditos, volvieron a la patria. Uno de los primeros actos del Prócer José de San Martín, en aquella metrópoli, fue posesionarse de las reliquias y remitirlas como tesoros emocionantes a su querido compañero de ideales y afanes libertarios, el general Bernardo O'Higgins. Ellas se exhibieron y mostraron en los balcones del Palacio del Gobierno y el pueblo santiaguino desfiló ante su presencia y les rindió homenajes.

El 26 de Septiembre de 1821 el Director Supremo dispuso que se entregaran a Rancagua las suyas, para que presidieran las celebraciones del 1º y 2 de Octubre de ese año (con seguridad hechas por primera vez). El Sargento Mayor don Antonio Millán, que había peleado aquí valientemente, acompañado de un grupo de oficiales, se encargaron de tan honrosa mi-

sión. También envió el Director Supremo una proclama con encendidas frases de agradecimiento y de patriotismo a los pobladores.

La comitiva llegó el 1º, siendo recibida en medio de muchas fiestas, músicas marciales, salvas, repique de campanas, arcos con ramas de arrayán, laurel y flores, guirnaldas, aplausos y concurrencia entusiasmada de casi todos los habitantes. Llevada hasta la casa del Teniente-Gobernador, en cuyos balcones se leyó la proclama de O'Higgins al público, el que aplaudió con indescriptible alegría sus significados y enseñanzas, los trofeos se colocaron en el mejor salón, escoltados por una guardia de 25 dragones, comandada por un capitán y dos tenientes.

Esa noche y las siguientes, en la Plaza, calles centrales y edificios se encendió una iluminación como nunca antes se conoció. El día 2, por la mañana, estando presentes las autoridades, militares y vecindario, los emblemas fueron conducidos a la Iglesia de San Francisco. Desde ahí se los trajo en procesión al lado de la imagen de la Virgen del Carmen, hasta la Iglesia Matriz, situada en la Plaza, donde se los acomodó rodeados por los Evangelios. Se celebró luego una solemne misa de acción de gracias, terminándose con un Te-Deum. Concluidos estos oficios, el Teniente-Gobernador, envuelto en silencio y emociones, tomó las banderas y las entregó al Cura Párroco, quien las arregló en el Presbiterio, dos a cada lado. Por la tarde, otra procesión y ceremonias trasladaron la imagen del Carmen al templo desde donde había sido traída.

Entretanto, todo el mundo estaba de fiesta. El regocijo era grande; las celebraciones públicas eran entusiastas y las festividades duraron cuatro días. En la noche del 2, el Teniente-Gobernador ofreció un baile a los visitantes y la gente distinguida de esos años. Y en otras noches, vecinos caracterizados obsequiaron en sus residencias saraos y comidas, siendo

los más nombrados y elegantes los que dieron don Andrés Baeza, don Francisco Silva y don Manuel Ortúzar. Las personas más humildes se festejaban a sus anchas y en sus respectivos círculos sociales y amistades.

¿Qué se hicieron después los emblemas? Posiblemente siguieron permaneciendo en el reposo del Presbiterio de la Iglesia Matriz y presidiendo las celebraciones de los aniversarios siguientes, hasta que a Santiago fueron llevados para tenerlos en la inauguración del monumento a don Bernardo en la Alameda (1872), perdiéndose hasta hoy día, y por una eternidad...”

Septiembre de 1965.

## PAJARERA QUE DESAPARECE . . .

En el centro casi de la manzana comprendida entre calles Gamero, Astorga, O'Carrol y Bueras, ha vivido durante innumerables años un eucaliptus, el que con el tiempo adquirió altas proporciones. Su tronco, en la base, tiene gran diámetro, y con ganchos, ramas y hojas había formado una frondosidad enorme y movediza.

Quién sabe qué ser humano tuvo la ocurrencia de plantarlo en fecha desleída y olvidada por completo, y de regarlo, cuidarlo con paciencia y cariño aromatzados de antigüedad. Lo respetaron los muchachos y la gente crecida —todos bien intencionados— y así pudo elevarse libremente, buscando la altura, expansión y aire, hasta armar una reciedumbre voluminosa que se robustecía en la firme raigambre enclavada en la tierra. No lo estorbaban otros hermanos iguales, como sucede cuando los colocan en hileras o bosques.

Poco se le veía desde las calles vecinas. Los pobladores de toda la manzana de edificios le podían ver desde los interiores de sus casas y patios, le tenían como un buen amigo, le admiraban, le querían, y él devolvía tales aprecio con su presencia siempre verdeante, con el aleteo de sus hojas que daban frescura en el rededor, con perfumes de su aceite volátil qu desinfectaba la atmósfera que le ayudaba a abanicarse, con el canto de lasavecillas.

Eran estas últimas las más beneficiadas por el

árbol. Ahí hacían sus nidos y amores, se acurrucaban para pasar los calores y librarse de las lluvias y para dormir en las noches, constituyendo una jaula sin rejas, natural y generosa, sin trabas que impidieran su salida y su entrada cuando lo quisieran. Pero, lo más esencial, de su estada en ese paraje u hogar colectivo, era que todas las mañanas, al clarear, esparcían hacia el contorno los conciertos de sus gorjeos, suave campanillear que hacía salir de su sueño a algunas personas de las cercanías; música tempranera que pocos oídos saboreaban, indescifrables letanías que saludaban al nuevo día, con agradecimientos al Todopoderoso.

Eso sí que todas las sinfonías no eran siempre sutiles ni de variadas entonaciones. Su tonalidad parecía a veces salir de un monocordio viscoso y desafinado. Todo, porque predominaban los golosos e imperialistas gorriones; ignorándose, por lo tanto, casi las melodías de las diucas; y de vez en cuando sólo sobresalían las delicadas y melancólicas voces del zorzal.

Hasta las laboriosas abejas se empinaban a sus cogollos, con leves runruneos, a descubrir manantiales de néctar en los vellocinios y felpas amarillentas de sus flores escasamente visibles, con el fin de hacer sus libaciones y proseguir los tejidos de sus maravillosos y azucarados trabajos.

La voluble ciudadanía aprovechó y soportó por incontable tiempo esa enorme y agradable figura que se mecía casi siempre balanceada por cadencias. Pero las brisas que hacían vibrar las cuerdas de sus hojas no eran continuas ni eternas. Forzadas, soportaban durante el invierno su reemplazo por vientos locos y huracanados que hacían remecer y temblar en toda dirección los ramajes, produciendo ruidos y bramidos coléricos que carecían de musicalidad y que rebotaban en el aire, en los objetos y en las casas.

Ultimamente, el miedo y el temor de los vecinos

hicieron crisis y reventaron, augurando asustados un derrumbe próximo del esponjado y corpulento armazón de forma de un hongo gigantesco, lo que causaría peligros en las habitaciones y daños y muertes en las personas.

De tal manera, su propietario se vio obligado a buscar operarios que lo achicaran. Cortaron las ramas de la parte superior y media, desmochándolo primero y desnudándolo después. Los hachazos que daban los hombres en sus duros músculos retumbaban arriba y hacían eco en las construcciones que lo sitiaban, como alaridos lastimeros del árbol que pedían socorro...

Sin saber nada de arboricultura, le hicieron "la municipal poda científica"... Hoy se ve desmantelado, mutilado, con palos grisís sin verduras, igual a brazos sin dedos, altos muñones dirigidos al cielo, pidiendo bondad, misericordia, yemas y brotaduras en la primavera. Lo que sucederá si los desgarrones no siguen, para aprovechar la buena cantidad de leña que puede producir... Y, entonces ¡adiós ideal y abierta pajarera, dormitorio paternal y refugio gratuito, sala de conciertos con acústica espacial para los coros de avecillas y de beneficios al mundo. ¡Adiós sombras, paisajes, oloroso desinfectante del barrio y miles de abanicos, para siempre!

Octubre de 1963

## PERIODISMO RANCAGUINO

No ha sufrido mucha esterilidad la existencia de esa tribuna antigua y siempre nueva, remozada, y valiosa para la opinión pública de cualquier parte de la tierra. Si es cierto que los periódicos no han tenido aquí extensa vida —en la mayoría de los casos— por lo menos unos han ido reemplazando a los otros que apagaron sus programas a través del tiempo, de las faltas de cuñas para su funcionamiento o por la escasez de lectores y avisadores. El respaldo de una carpa política que aceitara y suavizara los engranajes de su actividad, era otro puntal que faltaba a veces en el problema de su mantención; pero, impidiendo que la prensa levantara el orgullo de llamarse libre, independiente, no comprometida.

En fin, todos han sido focos de espiritualidad, de progreso y de pulimento mental, que han saciado inquietudes y que han llenado a sus alcances y según sus posiciones la misión a que están destinados. Y no han hecho falta las acciones unilaterales de aquellos apegados al partidarismo y al personalismo y que obraron con tibieza al tratarse del bienestar colectivo, y su mejor ocupación fue criticar, atacar o ridiculizar a los contrarios.

Se señalan los nombres de los periódicos y el año o los años en que se publicaron. De algunos sólo un espacio vital, sin tener ni dar fecha de su nacimiento o muerte. Puede haber lagunas, informes no completos o muy reducidos. Para paliar esa situación habría que hurgar con bastante tiempo, calma y paciencia las colecciones que existan —delicadas y amarillentas— en las bodegas de la Biblioteca Nacional.

De los nombres de los fundadores, propietarios o directores van solamente los que pudieron encontrarse. Interesante habría sido tenerlos todos; hermosa y apropiada ocasión para haberles rendido en estas líneas un modesto y recordativo homenaje. El mismo tributo merecen y esperan también los redactores, colaboradores, cronistas, reporteros, fotógrafos, etc., que han trabajado en el periodismo.

Por cadena cronológica, no del todo estricta, sigue una nutrida lista de variados colores y dimensiones de "tabloides" o "mercuriales". Del primero que se tiene noticia es de "El Agricultor", de 1868 a 1869. En 1871 se publica "El Porvenir", en la imprenta de don Pedro Nolasco Donoso, de no mucha duración. En el año 1872 está "El Fénix", el que se mantuvo hasta 1879; lo sacaba su director don Abraham Valenzuela. "El Bilbao" salió en 1878, con un año de vida. Igual suerte tuvo "El Cachapoal", 1879. En 1882 apareció con independencia "El Lautaro", pero en 1889 se hizo balmacedista; dejó de aparecer en 1891, por derrota del Presidente; era de propiedad de don Balbino Castro. "El Heraldo" lo tenemos en 1890, con nulos antecedentes. Luego "El Crepúsculo", balmacedista, bajo la bandera de doña Eulogia Aravena de Rojas, 1890; parece que la primera dama que excursionó en el periodismo rancagüino. Pasada ya la entusiasta ráfaga de alegría, pillaje y deshonestidad pintoresca, en seguida del triunfo de la Revolución, el 22 de Enero de 1893, don Rafael Rojas Aránguiz comenzó a editar "El Patriota", el que todavía hacía despertar las calles tranquilas tres años después; liberal-democrático.

"El Progreso", vocero del joven y vigoroso radicalismo, brilló desde 1906 hasta 1913. De la misma tendencia fue "El Nuevo Siglo", que llegó al mundo en 1899 y existió por algunos años. En los meses posteriores hace presencia "La Voz del Pueblo", conservador-liberal, las fuerzas predominantes en la épo-

ca, conducido por don José Luis Sepúlveda, y antes lo fue por don Luciano García; no tuvo escasa trayectoria. Siguiendo en este siglo, en 1911 figura "La Prensa", redactada por el periodista don Rafael Rojas Aránguiz e hijos. Durante los días del Centenario de la Batalla de Rancagua, o sea, en Octubre de 1914, también se gritaba en las calles "La Aurora", los Jueves y Domingos; en la fecha de las fiestas tuvo 20 páginas; su precio era de 10 centavos; católico y conservador, y lo administraron don Juan Goñi Urmента y don David Ramírez Cuadra; continuaba lanzando ediciones en 1917. En tal fecha y después —1917-1919, más o menos— era popular "El Día", con toda seguridad el primer diario que hubo, de dos hojas grandes, sacado por su dueño don Carlos Gost; él buscaba noticias y avisos en las calles, oficinas y comercio, reportaba, conversaba y cobraba; su señora e hijos le ayudaban en las labores del taller. "El Independiente" fue leído en 1917 y algo más tarde. "El Herald" circuló en 1916 a 1919, de una Sociedad Periodística; era radical y tal vez el mismo de 1896, revivido; en 1918 auspició un comentado Concurso Literario, en prosa y tema libre, entre los no abundantes aficionados a escribir; los participantes obtuvieron los premios en el siguiente orden: 1º Joaquín Garay R.; 2º Oscar A. Martínez, 3º Moisés Mussa B.; el jurado lo componían los doctores Florencio Durán Bernal y Eduardo De-Guyter Carmona, el Rector del Liceo don Enrique Sepúlveda Campos, y el Director del periódico don Armando Corvalán Quezada.

Antes, en 1915, 15 de Agosto, día Domingo (el comercio abría sus puertas hasta después de las 12 M. los días festivos), sigilosa y humildemente, pero optimista y llena de juvenil entusiasmo, aparece "La Semana", bisemanal y luego trisemanal, a cargo de la dirección de su propietario don Miguel González Navarro. Siendo su trayecto de nivel independiente, no

siempre lo comprendieron; mas, fue prensa que marcó rumbos a sus colegas, no comúnmente amigos. Sus columnas funcionaron más de 20 años y representaron el papel de cuna para escritores rancagüinos, ya que don Miguel acogía gustoso, paternal y bondadoso las colaboraciones. Fueron de la misma casa, de carácter local; "Los Martes de la Semana" (1917); "Los Lunes" (1920); "La Tarde" y "La Mañana", vespertino y matutino respectivamente, de no mucha vida (1935).

Bastante ambiente conoció "La Provincia", interdiario de la tarde, fundado el 20 de Julio de 1919. Tuvo movimiento en dos épocas. Su base la formó la Sociedad Periodística del mismo nombre, para reemplazar a "El Herald"; la integraban los señores Carlos Briones Luco, Alfredo Moreno S., Santiago Rubio, Florencio Durán Bernal y otros. Era radical y hay ejemplares de ella de 1936. Entre sus directores habidos figuran los señores Florencio Durán B., David Ramírez C., Armando Corvalán Q., Rafael Rojas Aravena, N. Montecinos. Publicaba gratis las notas, y largas listas de asistentes a las fiestas y reuniones sociales, comunes entonces. Oportuno recordar es que en sus páginas se imprimieron los primeros poemas del escritor y poeta Oscar Castro Z., en 1927.

Otras novedades de tales períodos son: "La Voz del Obrero" (1918); "La Jornada" (1920), gobernadas por el batallador Mario Rodríguez Muñoz; ambos eran demócratas. "El Comercio", bisemanal, conservador, a cargo del profesor del Liceo don Juan J. Belmar; se vendía aún en 1929. "La Prensa" aparecía nuevamente en Agosto de 1939, redactado por don Alán Rojas Aravena. "La Calle", en la década de 1930, con varias ediciones, siendo fundadores y redactores Carlos Zapata, Carlos Leyton, Gonzalo Drago y N. Zamora. "La Tribuna", en 1937, de Carlos Peñailillo, tenía aceptación; por un tiempo fue sub-director Raúl

Miranda Valenzuela; por un lapso lo adquirió y dirigió el periodista don Tulio Astudillo Sanhueza; se perdió por varios meses para resucitar bajo el techo de "La Semana", borrándose definitivamente en 1949. "La Batalla", diario de la tarde, manejado por don Aristides Henríquez C., sale en 1944, hasta hoy.

Retrocediendo un poco, pisamos en 1936 (Enero), cuando dejó de publicarse "La Semana". Luego se hizo plataforma apropiada a un diario. Su misión sería amplia y moderna. Así se formalizó la Sociedad Periodística de O'Higgins y Colchagua, sostenida por acciones —8.000— que valían \$ 35 cada una. Su constitución fue aprobada por decreto supremo del Gobierno, el 22 de Mayo de tal año. Su descendiente se llamó "El Regional". Lo dirigía don Enrique Castro Farías, con práctica en "Las Ultimas Noticias", rotativo santiaguino, secundado por don Nibaldo Inostroza y don Miguel González N. Desgraciadamente, diversas circunstancias de origen económico o político se opusieron a tan bello, ambicioso y dilatado programa de adelantos y cambios provincianos y regionalistas. No alcanzaron a tomar madurez y color sus frutos apetecidos y proyectos, y su foco debió apagarse. Quienes adquirieron acciones —y no fueron pocos— dicen que perdieron el valor de ellas... En ediciones de 1937, Septiembre, apareció íntegro el Rol de Avalúos del Departamento de Rancagua. Hasta esa fecha le quedaban palpitaciones. Su presidente fue don Recaredo Ossa U.

A raíz del inesperado hecho, despertaron las maquinarias de "La Semana", se armaron de nuevos bríos y tuvieron otro brote, en Enero de 1938: "El Rancagüino", el que existe vigoroso y bullicioso en la hora presente. Guiado por don Miguel, a un principio dio pasos una vez semanalmente. Fue aumentando las impresiones, transformándose al fin en diario. Cansado el infatigable periodista, en 1945 dejó en la dirección a su hijo Héctor, y él tomó la gerencia

del establecimiento. Fallecido trágicamente el 15 de Enero de 1959, la empresa pasó a poder de la comunidad González Valenzuela, representada por el director don Héctor; suplido, cuando se necesita, por la subdirectora, su hermana señorita Gilda.

Además, han existido en los últimos tiempos otros órganos de imprenta que proporcionan servicios a la colectividad, que precisa de ellos para sus ansias culturales. Eso sí que se ha notado un cambio de corriente, hacia la independencia o ideas avanzadas, hacia el sector laboral y sus problemas sociales y económicos. Vemos, por ejemplo, "La Verdad", fundada en Junio de 1942. "Crítica", diario; representante, dueño y director don Tulio Astudillo Sanhueza; desde el 28 de Agosto de 1948. "El Comercio", no el antiguo, con cuatro años de camino, de su propietario don Luis Labbé Soto, interdiario. "Crónica Popular", de don Antonio Cárdenas T., fundado el 16 de Mayo de 1959. (100 pesos es el precio del ejemplar de todos los nombrados posteriormente, en 1964). "El Noticiero", diario mural gratuito; novedoso sistema de información, ya con 4 años, de don Roberto Gac C. Y como un niño que llega casi atrasado a las filas del colegio, hace poco, en Octubre de 1964, se hizo presente la pequeña publicación quincenal "La Esperanza"... clarín de la población del mismo nombre, editado por el joven Juan Núñez Valenzuela, con entusiasmo y vocación; es subvencionada por la Junta de Vecinos del barrio.

¿Hasta cuándo existirá?

Aunque no corresponde colocar en estos casilleros de directores o dueños de periódicos, es indispensable incluir los nombres de tres escritores que han estado aquí o en la vecindad y que han brillado en las disciplinas intelectuales de la ciudad. Ellos son: Luis Aníbal Fernández (Laf) peruano; Gustavo Martínez Sotomayor y el Dr. Alberto Spikin-Howard.

Los dos primeros actuaron en la tercera década de esta centuria y algo después, colaborando en la prensa y en revistas con temas de carácter social, político o literario. El último vive actualmente en Machalí y escribe todos los días, desde hace cierto tiempo, en "El Rancagüino" crónicas o artículos buenos y de contenidos variados, salpicados de erudición y documentados que exhalan su preparación y sus recuerdos y lecturas y muchos llevan en sus fibras fermentos y visiones susceptibles de producir polémicas. También es autor de algunos interesantes libros y de colaboraciones aparecidas en diarios de Santiago.

Hay que tomar en cuenta que hasta no hace mucho no era una profesión liberal y un tanto lujosa como en estos días, con Escuelas Universitarias y actividad colegiada). Esta reseña no fidedigna de un componente del Cuarto Poder del Estado, de su periodismo escrito, ya que en la actualidad tiene las ramificaciones del hablado y de la televisión, que se abanicen por los espacios atmosféricos —en mescolanza con música y propaganda— para que los pesquen los radioescuchas y los televisores dondequieran que se hallen. ¡Qué comodidad y cuánto progreso de la ciencia y de la técnica!

Considéresele un bosquejo frío, sin adornos, un resumen que no supo ser más real y exhaustivo, con profundidad y mayores indagaciones, ni un fiel exponente del campo de las letras y de las preocupaciones materiales, sociales y espirituales de una ciudad provinciana.

Mejor es un guía que puede servir, cuando en el porvenir alguien valiente tome la tarea de desarrollar y completar extensamente el tema, en forma de folleto o libro, que la Historia, la profesión, el país y Rancagua se lo agradecerán y lo premiarán.

Enero de 1965.

## MONUMENTO AL PROCER

La mayoría de las personas que diaria y constantemente, o por casualidad —despreocupadas y afanasas— atraviesan la Plaza de los Héroes, o que pasean y se sientan en sus escaños, en procura de aire fresco, de un amor, de solaz y distracción, de botar el aburrimiento y hacer vida social; visitas de la ciudad y gente que viene por diligencias, ignorarán o son víctimas del olvido, y algunas se interesarán por saber, —armadas de cierta picazón de curiosidad y conocimientos— cuando, en qué fecha se levantó en su centro la estatua que todos miran del Héroe máximo de Chile.

Hay que descender, recordando y divagando, por las escaleras invisibles de los años ya idos y que poco a poco se alejan más, para arribar no muy agotados al que lleva el nombre 1914. Se celebró entonces en Rancagua —con entusiasmos y larguezas nunca vistos anteriormente— el centenario de la gloriosa batalla empeñada el 1º y 2 de Octubre de 1814, qué puso fin al período de la Patria Vieja y donde el valor y el amor a la tierra que los vio nacer, tanto del Jefe como de todos sus soldados, se expandieron en hechos e inspiraciones provistos de horizontes y resplandores de inmortalidad.

El interesante y surtido proyecto de esa conmemoración se estiró durante cuatro días, y salió publicado en una página entera del periódico "La Aurora", que en tal tiempo aparecía. Inicióse el 1º, dejando

para el 2 varios de los números mejores y espectaculares, siendo el más culminante e imperecedero la inauguración de la Estatua ecuestre de don Bernardo O'Higgins. Tal acto tuvo lugar a las 2 de la tarde, agregándosele antes y después otros puntos bastante llamativos y alentadores del ánimo y de la esperanza de la alegre ciudadanía local y visitantes, logrando motivar contornos populares entretenidos y educativos.

Así, por la mañana sobresalieron: Una Misa de Campaña en la Plaza; cantos patrióticos por los alumnos de las escuelas públicas y liceos; banquete oficial en la Intendencia, a las 12. Por la tarde: Te-Deum en la Iglesia Parroquial (hoy Catedral); desfile del Ejército, Cuerpo de Bomberos, Boy-Scouts, Escuelas, Sociedades obreras y deportivas, en la Alameda; visita de los Scouts a la Fábrica de Conservas de don Juan Nicolás Rubio; evoluciones aéreas por la Flotilla de la Escuela Militar de Aviación. Por la noche: desfile con antorcha de los Scouts desde la Plaza hasta la Estación; fuegos artificiales; festival por las bandas del Ejército, en la Plaza; y función de gala en el Teatro O'Higgins, por la Compañía de Operetas y Zarzuelas venida de Santiago.

Llegaron también de Santiago —en un tren especial— a las ceremonias y fiestas todos los cadetes de la Escuela Militar y delegaciones de los Regimientos, con sus respectivos estandartes y cuerpos de músicos.

Al descubrirse el imponente y bello grupo escultórico, hizo su entrega a la ciudad, por medio de una vibrante conferencia, el capitán don José M. Barceló Lira, contestando y siendo recibido por las autoridades locales: el Intendente don Nicolás García Quintana y el alcalde don Honorio Arce, en medio de estruendosos aplausos, y luego por canciones entonadas por los escolares y piezas marciales de las bandas. A la vez, hablaron el Ministro don Alfredo

Barros Errázuriz; el Presidente de la Liga Patriótica, Sr. Ruiz-Tagle; por el Ejército, el Comandante Echeverría; y por el Parlamento, don Carlos Aldunate Solar, Senador.

Encontrándose la temporada atmosférica en los límites entre invierno y primavera, vientecillos y nubes se paseaban en la altura, dejando caer esporádicas y tenues telarañas de lloviznas y de frío que no alcanzaron a empañar el cristal brillante del programa general que dio luces y regocijos espirituales a diversos barrios. En aquel tiempo, a las fiestas octubrinas y desfiles concurría a animarlas la totalidad de los alumnos de las pocas escuelas primarias de la ciudad, con todos sus cursos. Al ir por las calles o estar en la Plaza, los grupos y filas de niñas delineaban manchas blanquecinas que se movían rítmicas al compás de suaves y variados desasosiegos. Quienes lean esta crónica, alumnos o en esa fecha —ya algo cincuentones actualmente— harán buenos y románticos recuerdos de su niñez y de tales festividades.

“Archivero”, el documentado colaborador de “El Mercurio”, al referirse a este acontecer, pero en otros aspectos, en uno de sus instructivos artículos, publicado en 1957, da a conocer como nació el deseo de alzar una estatua al Prócer, en el lugar mismo donde se efectuó el sangriento e inolvidable desastre. Resumiendo el relato, dice que con la venida a Chile en 1860 de don Demetrio O’Higgins, hijo del Héroe —que lo acompañó en su destierro en el Perú— las autoridades y gente conocida y respetable de Rancagua tuvieron la buena idea de invitarlo. El Gobernador, don Francisco Velasco, y el Alcalde, don Emigdio Silva, realizaron los trajines necesarios, y a comienzos de Marzo llegaba el distinguido vástago, haciéndosele un grande y entusiasta recibimiento cívico. Seguido

por halagos públicos y privados, siendo uno de los principales la comida y baile en la residencia elegante y extensa de don Miguel Cuadra. Al término de los agasajos y brindis coloridos, se hizo la insinuación del homenaje que se rendiría al eximio libertador, en la forma indicada antes, la que fue aprobada con muchos aplausos, (propuesta que, por lo visto, quedó después durmiendo..., como a menudo sucede).

En 1868 se repatriaron los restos a Chile de don Bernardo O'Higgins, y al año siguiente la Municipalidad de Santiago acordó erigirle por suscripción popular una estatua, cuya inauguración se efectuó en 1872, obra del escultor francés Carrier Belleuse, representando uno de los finales dramáticos del combate. Termina "Archivero": "No se olvidó jamás que la iniciativa del Monumento era de Rancagua, que se había ganado la copia de la estatua ecuestre para su plaza, donde el heroísmo por la libertad escribió una página inmortal".

Los gobernantes chilenos de esas épocas, tal vez dedujeron que la mejor ocasión para cumplir el anhelo de los rancagüinos sería cuando se celebrara el centenario del glorioso Sitio. Varios meses antes de esa fecha comenzaron los trabajos en el centro del paseo. Los cimientos, el pedestal, las figuras pesadas, los mármoles y escalinatas, las frases históricas e inscripciones, las escenas y relieves en bronce, los jardines que le circundaban, el alumbrado moderno lentamente fueron surgiendo y levantándose, hasta obtener la total magnífica estructura, toda la bizarra gallardía del airoso y hermoso conjunto, adorno único y excelso que la ciudad se merecía y que fue estrenada en aquella oportunidad.

Octubre de 1962.

# VIEJA ESCUELA DE HOMBRES

## Nº 1

Con pena y alegría, nimbada su nobleza de gloria y satisfacción, igual a una milenaria vertiente que sabe de la proximidad de su sequía, dejó que se vaciaran legiones de sus últimos hijos adoptivos, desde sus salas y patios, hacia otro local. Su modestia, acorazada en la senectud ya débil por su larga existencia, cristalizó servicios a la región y al país durante sesenta años en ese mismo nido. Sufrió al privarse de las palpitaciones que diariamente le brindaban las algazaras, voces y griteríos de sus niños, cediéndoselos a las comodidades y seguridades de un moderno Grupo Escolar.

Hasta allá ha debido moverse el hormiguero que, siguiendo el hilo de la vida, necesita las enseñanzas y lecciones de los profesores, pasos y actos que abrirán más fácil y naturalmente los caminos del porvenir. El acontecimiento de las cosas nuevas y las semblanzas atrayentes de los aspectos vistosos y de las aulas y galerías recién pintadas, vinieron a reemplazar en buena hora al antiguo y ya ruinoso edificio. Eso sí que, en el traslado de muebles y útiles, se escondió u olvidó el histórico y necesario Nº 1, con la plancha que ha estado al lado del portalón de entrada; no se distingue ni se dibuja ahora en la actual fachada ese emblema. (1).

---

(1) Después de publicado esto, fue colocada esa plancha en el nuevo local; al mismo tiempo se agregó el Nº 1 en lo alto del frontis.

Como todavía su tranquila y sabia ancianidad pudo ser útil a la patria, en la falda siempre tibia recibió a otra porción de la enseñanza pública. Ha servido para instalar allí, transitoriamente, una Escuela Técnica Femenina, poblándose de palabras y bullicios argénteos de jovencitas de albos delantales, arrulladas sus almas y pensamientos por anhelos insistentes de labores que las guiarán a obtener una profesión o conocimientos que pueden servirles en los hogares.

Y su misión modeladora, ya desde antes también se extendía en actitudes polifacéticas, al permitir el funcionamiento de cursos nocturnos de estudios primarios o de otros que abrían un oficio a gente pobre, acomodándose para prestar mejor su regazo. Por eso su espíritu vagará en este ambiente mientras se desarrollen beneficios y esfuerzos educacionales que ansían las juventudes. Y sucederá eso hasta cuando las herramientas y los operarios indispensables lleguen y cumplan su sentencia de muerte y desparramen en todas direcciones sus materiales añejos, desgastados y benditos, dejando un excelente y gran espacio de terreno, apropiado para levantar construcciones para el comercio y la habitación, qué hacen falta en ese punto tan central.

Remontándonos a la era colonial, se sabe que bajo la administración de don Ambrosio O'Higgins, el subdelegado de la villa, don Juan Antonio Cortés, solicitó a las autoridades centrales el establecimiento de un colegio de primeras letras, el 27 de Octubre de 1791, lo que fue aprobado el 16 de Diciembre del mismo año, siendo esa la primera Escuela Pública laica de Rancagua. Se hizo cargo de ella el maestro Salvador Boubi, el que recibió un sueldo de 50 pesos anuales, además del alojamiento, alimentación y otras regalías proporcionadas por el subdelegado.

Hasta 1794 hay noticias de ella; después su

rastro se pierde. En los papeles administrativos que por casualidad existen, hay silencios y no se encuentran referencias precisas de su historia. En el transcurso de más de medio siglo aparecen por ahí algunos planteles, siendo seguramente su base primitiva la fundada en 1791. Así, en 1847 hay una escuela primaria para hombres, sostenida por el Estado y el Municipio, en una parte del edificio del Liceo de Hombres, dirigida por don Mariano Moreno y luego por don Antonio Orrego.

Situada tal vez en otra parte, en 1860 era su director don Juan B. Moreno, siendo fiscal; y ya en 1867, con el mismo director, la encontramos en Cuevas N° 450. El preceptor normalista don Benito Durán se hizo cargo de su dirección en 1888; tralasdándose el colegio, a fines del siglo, ya con el título de Superior, pues antes era sólo Elemental, al sector poniente de la construcción inaugurada antes de la Escuela Superior de Niñas N° 2. En 1900 jubiló el señor Durán, y ese mismo año, el 13 de Julio, por escritura hecha en una Notaría de Santiago, el Estado adquirió para la Escuela Superior de Hombres la casa situada en Independencia esquina de Bueras. (Los datos anteriores fueron facilitados gentilmente por don Manuel Galvez M., de una reseña que posee.)

No fue un edificio levantado especialmente para cultivar obras de la docencia. Era una mansión elegante, residencia particular, grande, del vecino don Dositeo Cuadra C., su señora doña Josefina Miranda y sus hijos, quiénes se cambiaron a una casa del lado, también de ellos, por Independencia, con jardín a la entrada, donde después se construyó el edificio que hoy ocupa el Banco Español Chile.

Generalmente en la actualidad conserva la disposición de otros tiempos, salvo modificaciones severas, desaparecimiento de piezas y cambios, para hacer más variables sus desempeños. Siguiendo la costumbre imperante, tenía de entrada una puerta amplia

de calle, y más adentro, una mampara de rejas con adornos, de fierro. Corredores y piezas a ambos lados; al centro, una plazoleta con la pila provista de un cantarín surtidor y plantas acuáticas, y como cortina de fondo, una reja alta coronada y tapada en parte por rosales trepadores con flores de color anaranjado. Al medio, como espina dorsal, continuaba un parrón largo, sostenido por pilares y arcadas de metal, siendo el patio empedrado y con arbolitos y plantas de jardín, terminando en otra reja al llegar a la media cuadra. (En el presente no existe nada de esos adornos, verjas y armaduras metálicas...)

En seguida, corría la tradicional e indispensable pequeña acequia canalizada, sobre la cual estaban los servicios higiénicos, (las "casitas", para los alumnos); y corría agua para regar toda la extensa propiedad. Esta terminaba en un gran sitio que habría servido antes para corral u hortalizas y que en los tiempos de estos recuerdos se aprovechaba como campo de gimnasia y de juego en los recreos. Casi al final, cerca de O'Carrol, se comunicaba con Bueras por medio de un ancho portón, el que utilizarían anteriormente para entrar carretas, animales y provisiones. Daba espaldas a esta última calle un largo corredor.

Debajo de él había tres hileras de perchas, donde todos los niños al llegar dejaban los sombreros, prenda que no podía faltar entonces... Ahí, al terminar el primer lustro de este siglo, se tomaron fotografías de los educandos, por grupos; en una de ellas hay sesenta, chicos y grandes, del segundo y tercer cursos. Figuran en tal conjunto los que en esos días estuvimos en la fila de la monumental cola de resplandecientes engranajes de labores educacionales que siempre tuvieron por cuna a la Escuela Superior de Hombres N° 1, hoy trasladada a calle O'Carrol N° 868.

Reconocemos solamente a algunos de los que están en el múltiple retrato, o que continuaron siendo

rancagüinos. Se ven los niños: Arredondo, Zúñiga, los Zavala, los Moreno, Reyes, Jaña, Pinto, los Durán, los Miranda, Garay, Cáceres, Lizana, Peralta, Zamorano, Grünert, Valenzuela, Valdés, etc. Al resto, el olvido y el tiempo los empañó el destino trasladáronlos a otros lugares o la muerte los llevó al descanso eterno. Acompañaron en la fotografía el director señor Francisco Vera y los preceptores o ayudantes señores Riveros y Gagliano —así eran llamados los profesores primarios—. Antes y después del señor Vera fueron directores don Benito Durán y don Jerónimo Elgueta J., respectivamente.

En una página de aquella reseña facilitada, hay nombres de algunos alumnos de alrededor de 1900, de donde entresacamos unos pocos de personas conocidas y que han actuado o actúan en diversas actividades: Domingo Bravo, Alfredo Cuadra C., Carlos Cáceres B., Florencio, Alberto y Javier Durán Bernales, Manuel Galvez M., Policarpo y Miguel González Navarro, Pedro y Ernesto Holman Vergara, Ernesto Jiménez C., Pablo Pallamar R., José 2º Pozo, Pedro Emilio y Ernesto Pérez Arros, Rafael, Alán y Livio Rojas Aravena, César y Rubén Reyes M., Pedro y Carlos Toro Negrete, José Dolores Rey, Julio Valenzuela V., Aníbal y Elías Valenzuela, Romualdo Zúñiga Rojas, Aurelio Zavala A. ¡Y cuánta y brillante pléyade de discípulos no pisaron sus aulas en estos 60 años!

En esta transición de su vivir de la vieja Escuela, al tener que ceder su misión a otro edificio que continuará y sublimará con mayores seguridades los dictados de la educación y de la instrucción, en esa entrega de riquezas culturales y morales que guardaba con amor de madre, se vio algo de frialdad colectiva, tanto de autoridades como de la ciudadanía. Ni un grupo siquiera de los tantos miles de muchachos que amamantó la visitaron y acompañaron en su cambio fortuito, dándole de alguna manera consuelo y despedidas cariñosas, de gratitud y de urbanidad.

Pero, eso no significa que todos esos miles la hayan olvidado. Desde el fondo de sus corazones y de sus mentes enlazan coros, guirnaldas y rondas infinitas en las evocaciones; obrillantando las miradas, cuando la recuerden o cuando han pasado o pasen delante de sus murallas de adobes. Y aún después, cuando desaparezca y siga viviendo en el mundo intangible de la memoria. De un Alma Mater, aunque sea de provincia y, aunque sea en forma de nostálgicas remembranzas, debe su imagen perdurar en el sentimiento de las generaciones que cobijó bondadosa.

Febrero de 1963

## CERRO OROCOIPO

Este pequeño cerro es llamado Orocoipo en algunos textos de geografía, pero la tradición y la costumbre mejor lo nombran igual al título de estas líneas. Situado a escasos kilómetros al sur de Ranca-gua, a un lado de la enorme zanja del río Cachapoal, es desconocido su nacimiento y se presta para suposiciones. En seguida va una:

Curiosas algunas montañas de la cordillera andi-na, ya cansadas de estar durante milenios unas al lado de las otras, estáticas en sus formas alargadas irregulares, piramidales o agachadas, en repeticiones interminables, decoradas de sinuosidades, alturas, riachuelos y hechuras heterogéneas, sin movimientos ni palpitaciones grandes que las hicieran agitarse con estruendo, que movieran a sus musculaturas de rocas y de minerales y a los caparazones y cabelleras de nie-ve que las cubrían y aprovechando cataclismos tremen-dos que nadie hoy recuerda —en las primeras etapas del mundo— se desperezaron e irguieron; luego esti-raron sus protuberancias informes un poco hacia el valle central, para brindar un saludo a sus hermanas más viejas de la cordillera de la Costa.

Fruto de esa excursión o zamarreo pudo ser Oro-coipo. Hijo de una iracundia que remeció el organis-mo entero y a la estructura nativa de esta parte de la tierra, dio varios saltos a un principio y continuó arrastrándose con satisfacción en su interior. Tuvo muchas intenciones de seguir hacia el norte, buscan-do una colocación, después de oír los estampidos y los gritos de la legendaria hecatombe que repartía brazos de libertad. Pero, lo que no esperaba, cayó

al río y obtuvo un baño en las travesuras locas de las aguas cenagosas y turbulentas, las que enojadas arrastraban en sus nutriciones, viajes e hinchazones gigantescas oleadas de arena y de pedregales que iban puliéndose al contacto de los golpes de semejante civilización que la historia y la geología desconocen casi.

Luego se detuvo, entusiasmado con la canción bárbara y tornadiza que las corrientes líquidas y espesas lanzaban día y noche. Quedó hipnotizado, casi petrificado íntegro, sin moverse más, para continuar en el futuro dando el regalo a cada instante de partículas suyas al viento y a las aguas que han lamido y lavado sus rincones y sus pies. Dejó para otra ocasión las ansias de aventuras, erizándose y arrebujiándose con su islita a un lado del amigo, del que desvíose algo, para rozarlo solamente y acariciarlo mejor en los inviernos rigurosos, cuando las aguas llenaran de orilla a orilla su primitiva y ancha arruga.

Está fijo ahí, como un centinela de Rancagua, adornado de plantas silvestres y de algunas leyendas de carácter vecinal y restringido. Su existencia se siente de vez en cuando mortificada o alegrada por las uñas metálicas de ilusionados mineros, sedientos de novedades económicas, que le han arañado en su corteza y en sus músculos, por si auscultan la agitación de minerales en forma de culebrillas de soles y de estrellas, creyendo que por ser descendiente de las ricas montañas del oriente, pudo haber traído en su escape y en sus órganos vetas de cobre y oro; por los brujos que buscan en sus entrañas refugios que los aisle de la maledicencia humana, durante el desarrollo de sus liturgias; por los ecos de las festividades y bailes diabólicos que se realizaron muy antiguamente en sus galerías, hoy cerradas, según dicen algunas tradiciones e historietas; por los runruneos de las conversaciones de las vecinas que se acuerdan de apariciones y de cuentos de ánimas; por la nervio-

sidad y latidos salvajes de los bandidos que han hallado asilo en sus escondites, antes o después de cometer fechorías; por las pisadas, gritos, risas, manoseos y palabras de paseantes o grupos estudiantiles llevados por sus profesores o haciendo la cimarra. También le producen insomnios los ruidos heterogéneos y de tonos diversos y asonantes que recibe de los caminos que están cerca y de la línea del ferrocarril no distante, por los que pasan y corren coches, trenes y vehículos llenos de proyectos y ilusiones.

Así, no tiene tranquilidad. Como un tullido o inválido, sin ambiciones, en las noches oye los rumores multiformes que desdeños le llegan de la población que se mueve y que está al norte, y cuyas luces, igual a constelaciones, se aumentan o desvanecen. Para sentirse más a su agrado, escuchar las sonoridades cercanas o lejanas, saborear con calma los trinos de las aves, los latidos de los insectos, los cantares monótonos de las aguas que corren, permanece quieto, en su forma y posición de liebre en acecho, con la esperanza y la intención de escapar algún día hacia la ciudad que atrae, tienta y domina a poca distancia, cuando sucedan los estrépitos de otro cataclismo...

Dormita, con el sueño y la esperanza de que tal acontecimiento o catástrofe vuelva en el ignoto tiempo por venir y lo haga estirarse y rejuvenecerse con bríos y nuevos saltos, los que lo clavarán en algún barrio. Y pronto verse salpicado de plantas y jardines, elegante, urbano, con senderos suaves, rincones y adornos, escaños en los recovecos sombríos o solitarios, que sirvan a los pocos románticos que ahora el mundo produce y a las innumerables parejas de enamorados que no se cansan de repetir el eterno diálogo... Ser un escondrijo para los poetas, para los que sufren y para todos los rancagüinos y visitas, sin distinción alguna. Ser como un Cerro Santa Lucía para esta ciudad.

Febrero de 1956

## MOTIVOS CULTURALES

Sin muchos matices de carácter ambicioso o especulativo, pero que representan el deseo de un poco de la opinión, van a continuación —a grandes rasgos, y en forma de bosquejos solamente y con ribetes algo históricos— facetas que muestran parpadeos espirituales que marcan retratos del pasado de nuestra idiosincrasia y de sentimientos anímicos de la ciudad. Debe recordarse que el arte y la literatura, la intelectualidad en suma, han tenido en diversas oportunidades esparcimientos de diferentes marcos y nombres, en instituciones de orden cultural, humanitario, social, expansivo o de cooperación, y cuyos cimientos guardaban argamasa desde tiempos pretéritos. Sacando a luz en estos instantes algunos de ellos, sin escarbar ni profundizar mucho, salió este relato.

Tomemos un pedazo no corto de la vida de Rancagua, desde principios de este siglo. En Septiembre de 1909 tomó contornos definitivos y se materializó una idea que venía fermentando desde antes. Se fundó por un grupo de caballeros de aquí y del rededor el Club Social Rancagua, qué pudo levantarse con 98 miembros entusiastas, los que con los años han ido aumentando, cambiándose y renovándose. Es hoy una próspera y prestigiosa entidad, lo más distinguido para recibir y agasajar a visitantes. Tiene un buen y central edificio propio —no con un frontispicio moderno y elegante— que sirve para

sesiones y reuniones de los socios, familias y amistades; muy solicitado para celebrar fiestas sociales, banquetes, exposiciones, veladas artísticas o en circunstancias nobles y enaltecedoras. Sus puertas no tienen gestos restrictivos y sus salones se abren con amplia cortesía cuando hay necesidad de ello; mejor todavía cuando anualmente ha acompañado las conmemoraciones de la heroica Batalla del 1º y 2 de Octubre, con el llamativo y precioso número de un baile-comida, al que han asistido socios y familiares, autoridades locales, militares e invitados lugareños o de fuera. Cuando el refinamiento era común, se exigía traje de etiqueta o de gala: la elegancia de las damas era con largos, crujentes, escotados y brillantes vestidos; y los caballeros, en tenuta de chaquet, frac o smoking. Un punto electrizante de las celebraciones, dejando muy buenos recuerdos. Su cantina y sus concesionarios han atendido siempre con esmero, a clientes y visitas. Respetables y conocidos vecinos han formado sus Directorios. Mal agradecidos serían los rancagüinos si no recordaran a un dirigente que hasta no hace mucho trabajó con inteligencia y desinterés por el progreso de la sede de este Club, alto empleado de la Braden Copper, hoy en descanso en su fundo, don Juan Straney.

Después nacieron otras instituciones por el estilo o de diferentes propósitos. En Octubre de 1915 se estableció el Centro Español, funcionando hoy en una espaciosa casa situada en un rincón de la Plaza de los Héros; entre los primeros presidentes que tuvo está don Gerardo Butrón (padre). La Sociedad Unión Arabe se fundó en 1916, dirigida por don Assad Atala. De los mismos tiempos o anteriores son, entre otras: Sociedad de Instrucción Primaria, Centro Católico Obrero, Centro Pedagógico, Asociación Obrera, Asociación Deportiva, Brigadas de Scouts, Sociedad de Dolores, Cruz Roja Gota de Leche, Segunda Compañía de Bomberos, Liga Protecto-

ra de Estudiantes, Sociedad de Obreros Bernardo O'Higgins y varias más de canales benéficos, deportivos, políticos, educacionales, mutualistas, expansivos. De estas últimas, muy popular y activo fue el Centro Recreativo e Instructivo La Unión, (Noviembre de 1915); tenía una academia de baile y un cuadro teatral; la mayoría de sus componentes eran jóvenes obreros o empleados de la Braden o en el comercio; estaba situado en una casa de altos de calle Rubio, cerca a Cuevas. Se reunía juventud femenina y masculina a compartir emociones y alegrías en las fiestas, veladas y bailes semanales que se efectuaban en el gran hall del edificio. En 1918 eran vicepresidente y presidente don Manuel J. Araneda y don Lúcio Zúñiga M. (Varios de los datos anotados en estos párrafos fueron tomados de "Albun y Guía de Rancagua" (1918).

El Centro Amigos del Arte se estructuró en Julio de 1917, constituido por cierta cantidad de gente entusiasta por la cultura, hombres y damas, no faltando profesores primarios y secundarios. Sesionaron primero en una pieza del local de La Semana (Independencia 539), y después, en salas de la Escuela Superior N° 2. Había secciones de música, literatura, declamación, pintura, teatro; alcanzó a presentar algunas interesantes veladas en el Teatro O'Higgins, pero no tuvo tiempo para lanzar al público una revista, como eran sus anhelos. Entre sus fundadores están: Dr. Eduardo De-Geyter, Romeo Salinas, Carlos Fuentes Silva, José Pezoa Varas, Francisco Tello G., Joaquín Garay R., Galvarino Valenzuela R., Miguel González Navarro, Ernesto Tapia Hormazal y otros.

Todo lo redactado es parte del mensaje dejado por sucesos acontecidos antes. Es preciso repetir y contemplar que los despertares y sacudimientos espirituales que de vez en cuando aparecen en la superficie toman su tónica y supervivencia en un poco ocultas y adormecidas preocupaciones e influencias

quedadas de actuaciones anteriores y que salen de repente, como una fontana fresca que irradia contagios y destellos.

Tal es el caso, por ejemplo, del encomiable Grupo "Los Inútiles", idealismo que merece en el presente y en el futuro dilatados estudios y aplausos, ya que cumple en nuestro ambiente una necesidad mental. Otro tanto puede decirse del Rotary Club, del Club de Leones, de los diferentes periódicos con que ha contado la ciudad desde 1869 hasta estos días, y que son más de 38. Estos han servido —mejor en los últimos decenios— de ventanas para que los amigos de esos movimientos puedan saciar y desahogar sus aspiraciones del cerebro y del corazón. Sobresalen: El Heraldo, La Provincia, La Semana y después El Rancagüino, ya que éste agrandó el beneficio durante un tiempo (1953-57), con Páginas Literarias. Además, han sido de utilidad las columnas y lecturas eruditas y diversificadas de sus ediciones extraordinarias, y las revistas o cuasi-revistas que con ligera duración, han venido a poner suavidad dentro del ámbito de la localidad.

Terminando a leves brochadas lo sucedido en retazos de lo que va de esta cenfuria, descorramos el telón del tiempo ido para asomarnos unos minutos a un lapso de los postreros decenios del siglo pasado y primeros años de éste y veremos algunos actos que parece que fueran partes de hechos más contemporáneos o palpables. Cautelosos y curiosos, no sin asombro, se presentan despertares semejantes, a los que están algo cercanos a nosotros. Según cuenta Félix Miranda Salas en su libro "Rancagua" (1943), hubo un avivamiento de arte, música, teatro, intelectual y social, en las tertulias, fiestas y representaciones, en las que figuraron y se distinguieron, en diferentes fechas y ocasiones, las siguientes personas, de esta ciudad :doctores Patricio Venegas y Eduardo De-Geyter, Alfredo Vásquez (abogado), doña Eulogia Arave-

na, señoritas Peralta M. y Moreno S., Carlos Imperiali y Otto Krefft (farmacéuticos y dueños de boticas), Pedro Nolasco Vergara, Julio Auger, Juan Cerda, Antonio Ortega, Bernardino Guajardo, Cornelio Vilos, Salvador Peralta, Antonio Espiñeira, etc.; y como invitados de Santiago: J. Victorino Lastarria (ya en sus postreros años —falleció en 1888— recordaría románticamente a su ciudad natal y a sus parientes y vendría a ellos), Víctor D. Silva, Eduardo de la Barra, Manuel Magallanes M., Osmán Pérez Freire, Alfredo Valenzuela Puelma, Valentín del Campo, Alfredo Harris y otros conocidos que actuaban en la política y en las letras. Llegaban a animar las reuniones sociales y fiestas de los noveles impulsores de aquellas realizaciones en ciernes.

Como se ve, no han escaseado en Rancagua estos ajetreos e intranquilidades de saludable mentalidad, los que han ido ablandando y decorando —aunque con lentitud— la costra un tanto materializada que lo mismo que un “smog” ha arañado en el aire que respiramos. Tal situación, ha podido irse escurriendo y ahora vemos con más claridad el horizonte, los deseos y las sensibilidades idealistas y estimulantes de los grupos que desfilan unos tras otros a lo largo de los años que corren.

Septiembre de 1965

## LA COPA

Debido a la escasez o falta de agua —llamada vulgarmente y académicamente potable— ha estado enredada en las conversaciones, comentarios y reclamos de los habitantes de la ciudad, y mejor de las poblaciones que la rodean, ese aparato de muchos metros de altura que recibió el nombre de “copa”, tal vez porque contiene y deposita el precioso e irremplazable líquido que corta la sed, lo mismo que las otras pequeñas de cristal. Y hasta la han metido en habladurías alarmantes y en historietas macabras... para dar alimento a la imaginación popular.

Se la construyó enorme, de hierro y hormigón, —hace no muchos años— para que almacenara, como un estanque elevado y ventilado y de proporciones, el agua que después debe repartir en matrices, redes y cañerías con ordenada rectitud, puntualidad e igualdad entre los varios miles de consumidores y durante todas las estaciones. Y para aminorar, también, los efectos por si algún accidente fortuito cortara en el camino el grueso chorro, embalado en otros iguales tubos, que viene del depósito antiguo situado a orillas del Río Claro, suceso o catástrofe que dejaría a Rancagua sin ese vital elemento.

Con el objeto de facilitar la distribución, se la colocó en la parte alta y oriental, y puede ser considerada como un atalaya en ese lugar. Se ha transformado, al mismo tiempo, en un punto de mira que presta utilidades; así, se oye decir a personas que que-

dan de acuerdo para juntarse a una hora determinada "en la copa de agua", en vez de decir en Avenida Membrillar esquina de camino Longitudinal, —sale más telegráfica y comprensible la expresión—. Los que vienen ya del sur o del norte por esa vía, al divisarla se dan cuenta de que llegaron a la histórica ciudad.

Tiene un defecto involuntario, como todos los defectos. A veces, mejor en la época calurosa, se pone taimada, caprichosa, neurasténica, mal repartidora, rígida, insensible frente a las necesidades y los clamores humanos. Sus constantes e interminables saludos que van en alambres líquidos, sin anuncios previos se cortan o son irregulares. Las siestas o cansancios que pueden causarle modorras, transtornan el funcionamiento de su técnica y enmohecen la agilidad de sus pulsaciones de reloj que todos esperan. Y ahí empiezan —con razón— las reclamaciones emocionadas y rabiosas del vecindario en general y de las comadres en particular, quiénes tienen seguido que trasnochar para obtener cicateras porciones que alivien un poco apenas sus necesidades higiénicas y culinarias.

En otras ocasiones, sucede que —seguramente por su reparto con intermitencias— se desconcierta el ritmo de sus recados y la presión llega fuerte e imperiosa, de repente, con mohines de soberbia, haciendo que las agujas de los medidores domiciliarios se vuelvan locas, salten y marquen a su gusto, con toda libertad, sin control. (O también, los duendes, durante la noche, en sus liviandades juguetonas de niños, pueden cometer esos desaguisados). Los dueños de casa donde aparecen tales hechos tienen que forzosamente saber pagar lo anotado. Y esos casuales e imprevistos acontecimientos de contabilidad mellan las buenas y gentiles armonías y relaciones que deben existir entre surtidor y consumidor. Según conversaciones vaciadas en las calles, van por turno... Pero, no hay que creer mucho en este aspecto y en tantos

otros lo que la gente dice, porque a menudo miente o aumenta insignificantes deslices.

Esta popular copa que, mirándola prosaicamente, mejor parece, por su tamaño, el retrato de un hongo de tiempos prehistóricos, un pequeño cohete atómico petrificado antes de elevarse a los espacios, o la obra gruesa abandonada de una construcción de varios pisos, de rara y novedosa arquitectura, con piscina que la corona en vez de terraza. En nada se parece a la bohémica "copa del olvido", ni a "la fina copa de alabastro" del delicado poeta, ni a la del verso "tiene que tomarse esa copa de vino" de la conocida y beoda canción, ni a las brillosas de metal, tan anheladas por los deportistas. Y si continúa con el mismo proceder que actualmente critican, si no sabe o no quiere a todos saciar la sed, barrer el hambre o sacar la mugre día a día, se va a convertir pronto en la copa del suicidio y de la desesperanza...

Torre trunca, con algo de rastro de la que hay inclinada en Pisa, levantada por artistas inspirados en fórmulas abstractas que pocos entienden; mirador inaccesible a las muchedumbres ansiosas de altitudes: corazón donde tienen su origen las innumerables arterias que reparten su sangre sin glóbulos rojos por todos los hogares, o como quiera observársele y tildársele, es un factor y un punto importantísimo en la vida de Rancagua. Con sus grandes cualidades beneficiosas y sus defectos de insensibilidad, descortesía, dureza o irresponsabilidad pasajeras, resume las gamas de estos días materialistas. Por su situación, su tosquedad enigmática y su misión de Banco que ayuda a acumular y a ahorrar con clásicos métodos hidráulicos los diamantes en licuación que brotan de los manantiales de las Cordilleras, merece ser digna de consideración. Y es un impresionante asunto útil y decorativo, de alto nivel, en el panorama de la ciudad, que todos debemos admirar y tratar con cordial simpatía.

Diciembre de 1960

## COLONIAS DE LA CIUDAD

Lo que dio este volátil tema no son las Colonias Escolares que con beneficio llevan a los niños a las playas o al campo durante el verano. Tampoco la numerosa cantidad de rancagüinos que hoy viven en Santiago, todos dispersos en los diferentes barrios y comunas; de buena, regular o mala situación económica; los hay que descienden de distinguidos y añosos hogares y otros de clases inferiores que han ido subiendo en la escala social o que por su pobreza huyeron hacia allá para ganarse la vida más fácilmente. Entre todos ellos se ven adinerados, rentistas, profesionales, escritores, comerciantes, artistas, políticos, estudiantes, empleados, obreros, técnicos y ociosos. Muchos se fueron tras el espejismo de la capital... Pero, en la gran metrópoli, todas esas personas nacidas y criadas aquí no se conocen ni se relacionan entre ellas. Tienen amistad o se visitan los familiares y los que se dedican a profesiones o actividades que los hacen forzosamente juntar y conversar. De repente, a veces, se encuentran hijos de esta ciudad, sean amigos o no, en fiestas, reuniones, oficinas y funerales: la admiración y el contentamiento no son pequeños, almibarados con gozos íntimos y remembranzas en los cerebros. (En Santiago hay Centros o Círculos de oriundos de Coquimbo, de San Fernando, de Antofagasta, de Temuco, de Punta Arenas, etc., pero, de O'Higgins o Rancagua se le desconoce o tiene débil funcionamiento).

Por eso ha sido alentador saber que en estos tiempos algunos hijos de esta localidad se desprendieron de su antiguo tronco, volaron a estacionarse, a hacer hileras donde sobran las brizas marinas. Han dado saltos lejos y formado aposentos en la Ciudad Jardín. Y para cultivar la camaradería y la amistad, ¿y por qué no también para hacer recuerdos gratos o amargos de la población dejada en el sur?, han fundado un "Centro de Hijos y Amigos de Rancagua", institución que ha nombrado un directorio, y reunidos comparten el bienestar señoras, caballeros y gente joven, unidos bajo el ancestro cariñoso que trae la memoria de los viejos hogares que mecieron su niñez, su pubertad o su mayoría de edad.

Diferentes circunstancias de la vida los ha llevado a residir en esa ciudad nueva, progresista, bonita y de agradable temperamento climático. La salud, los negocios, el reposo después de haber jubilado o hecho de una renta, los arriesgos, los empleos y los trabajos influyeron para que unos y otros se fueran en busca de esas playas y de esa activa, comercial y adelantada comuna. Un poco también debe haber incitado el embrujo y el magnetismo temerario de que están provistos los rayos que de día y de noche exhala el Casino Municipal en todas direcciones, establecimiento que es como una aguja fascinadora que atrae con imán a multitudes ricas o medianas, y que hace progresar más y más a la ciudad, ofreciendo edificios, hoteles decentes y otros para millonarios.

Los horizontes, por lo mismo, ahí son variados, y no es llegar, ganar dinero y hacerse de figuración. Como en todo conglomerado parecido, hay personas de grandes recursos económicos y de regulares y bajas situaciones. Se ven poblaciones y casas modestas cerca de otras atrayentes y buenas a grandes y hermosas valiosas mansiones, rodeadas de jardines, predominando las en forma de chalet y de enormes colectivos. En muchas de las habitaciones —mejor

durante la época veraniega— se establecen casas de pensión y residenciales, donde reciben turistas chilenos y extranjeros. Cualquier palacete elegante y aristocrático, a la simple vista, es adentro una jaula repleta de pensionistas que a veces —para no irse a recostar en las plazas y para que la dueña del negocio no pierda clientes— se ven obligados a dormir en sofás o sobre mesas y cajones. Por otro lado, las comidas no son ni muy buenas ni abundantes, y con escaso sabor a pescado o mariscos. Viña del Mar parece, así, en tal temporada, un tremendo y monumental campamento residencial y presentable, el que deja las carteras vacías de los que se cobijan bajo sus techos por unos días.

Los antiguos rancagüinos en su ciudad son ahora bastantes desconocidos por los nuevos habitantes y por los llegados de otros puntos, y que piensan, cuando nos ven, que somos afuerinos o venidos de países cercanos. Y si continúa el trasplante y si tenemos deseos o necesidad de encontrarnos con parientes o conocidos, tendremos —en lugar de andar por sus calles— que darnos un viaje o un paseo por aquella urbe que llama y engaña, que acaricia y domina. Ella posee, además, un motivo que a los que se fueron a vivir bajo sus marquesinas sirve de añoranzas y de recuerdos de los poco confortables y antiestéticos lares abandonados: los victorias, que con jamelgos parecidos a los de acá sirven de locomoción todavía, para viajes cortos, para ir sin peligro, con calma suave y traviesa, agradable para niños y ancianos, sin apuros ni nerviosismos.

Lo escrito anteriormente tiene parecidos con otra Colonia, no estable como aquélla ni con raigambres definitivas; es más pasajera y voluble y tiene aliento y vivacidad inflada de esmero en una temporada, en los días del veraneo anual. Entonces despierta, se re-

mece y renueva, crece, sus pies reciben picazones irresistibles que la hacen arrastrarse hacia Pichilemu, constituyendo también un indiscutido detalle de buen nombre para nuestra ciudad. Y, aún más, hay ranca-güinos que allí han adquirido propiedades, las que ocupan —casi siempre— en ese período de moda y en otros de necesidad para su bienestar, o los arriendan.

No es la intención de relatar las bondades y hermosuras de esa costa colchagüina; la suavidad y extensión de sus playas; el benéfico y saludable clima; lo multicolor y abundancia de sus paisajes que se tienden ya salobres mucho antes de que se llegue ahí; de sus lugares vecinales apropiados para excursiones y para mariscar, como Cahuil, Infiernillo y otros; de los agradables espectáculos que regalan los diarios grupos de bañistas que se solazan en las orillas o remojan sus cuerpos y nadan mar adentro, aureolados por el sol y las nubecillas que se forman frágiles e inconsistentes con los gritos, retozos y risotadas y que hacen coros con el alboroto, la algarabía y las espumas de las nerviosas y traicioneras olas. Lo mismo, no se hace mayor mención de las atenciones y sabrosas comidas de las residenciales, casas de pensión y hoteles de diferentes categorías; ni mucho se recordarán las nubes de arena filuda que de vez en cuando azotan los rostros y cuerpos y que casi enceguecen a los confiados y satisfechos visitantes, aconteceres que traen suaves pensamientos de los ciclones del desierto de Sahara o del desierto nortino de Chile. Queda a un lado, también, la impresión agradable que produce el poblado, sus calles, edificios y negocios bien tenidos; el paseo de la juventud y otras gentes en las tardes y en las noches en los espacios centrales, entretenidos al mismo tiempo por la música, las conversaciones y los bailes privados y públicos que enlazan pololeos que no se pensaron, pero que se esperaban, por si acaso; la sensación de frescura que irradian los poros de su ambiente, resumida en las carcajadas,

alegrías y saltos de los felices niños, los únicos que en realidad gozan, inocentemente.

Por último, no se cuenta el largo y caluroso viaje de ida y vuelta en ferrocarril, micros o automóviles, desde el valle central hasta ese balneario; ni los recorridos en cochecitos y otros pintorescos carruajes que llevan personas de un lado a otro, ya para llegar al mismo pueblo, en excursiones, o que se ejecutan para pasar el tiempo, medios de locomoción que producen innumerables y divertidas reacciones y reflejos humanos; ni los cuadros y escenas que brindan los conjuntos familiares al arribar o al volver retostados (lo único barato conseguido) remolineados de chiquillos, maletas, chalones comistrajos, bolsones, termos, bebidas, paquetes y molestias, no faltando la guagua que llora y patalea y la radio portátil siempre encendida y bulliciosa y habladora, remedando a las caturras.

Todo eso y mucho más ha sido y será descritos con gracia y sutileza, con profundas y apropiadas observaciones y frases literarias, por escritores y pasajeros que en realidad aprovechan las delicias y las atracciones del turismo y que acuden a tal dirección de renombre.

Aquí va, casi al término, la objetividad, el centro medular que motivan estos párrafos. Por cualquier lugar del balneario que se vaya (calles, playas, fiestas, reuniones, paseos, Estación, hoteles cantinas), se encuentran rancagüinos, mezclados con visitas de Santiago y de la zona, en mucho mayor número que al ir por las vías públicas centrales de nuestra localidad, ya que éstas se llenan también a diario por los que vienen de las comarcas vecinas, por compras, negocios, diligencias en oficinas o por preocupaciones y enfermedades que atenazan a los seres vivientes, pero más todavía por la gente que cambia constantemente, sea por nacimiento o porque buscan residencia en estos barrios desde muchos puntos del país. Por tal

causa, por no encontrarse en Pichilemu con tanta mirada de conterráneos —según afirman— es que en sus vacaciones y paseos de verano muchos rancagüinos quieren ir a la capital, al campo, al sur, a Viña, Concón, Valparaíso o a cualquiera otra playa o ciudad, con menos popularidad o mayor concurrencia y precios, tranquilas o coléricas, sencillas o con atracciones múltiples, vulgares o de refinadas costumbres.

Quieren estar en descanso completo. Mejor o peor para todos. Y cada uno con sus gustos y caprichos.

De todas maneras, Rancagua orgullosamente se estira hacia el sur y el norte, en dirección a la costa, en dos Colonias que prestigian el cosquilleo y el entusiasmo progresista, cambiante y aventurero de sus descendientes.

Marzo de 1964

## MINAS SUPERFICIALES

Siguiendo la tradicional tendencia de los países de Europa y Asia, los conquistadores y colonizadores de América levantaron las ciudades y pueblos al lado o cerca de algún río, práctica que permitía obtener con mayor facilidad y más a mano el preciado líquido para usos personales y para el riego de los terrenos que las rodeaban y en los cultivos necesarios en la alimentación.

A la vez que proporcionan ese elemento tan indispensable para la vida, también han sido los lechos de ríos fuentes de crianza de toda clase de peces y cunas que constante y eternamente han acumulado—sin trabajo alguno para el hombre— sustancias de valor e insustituibles en las construcciones de viviendas y de todas las obras creadoras de la ingeniería y la arquitectura. Así, entregan día a día grandes cantidades de piedras, de ripio y arena. Con esa actitud generosa y única, las generaciones han ido encontrando y encontrarán siempre cosas inagotables que ayudan a saciar sus necesidades de adelanto y de bienestar. Mejor ahora que el añejo uso de la tierra ha sido descartado y sólo se piensa, para tranquilidad de la gente, en fabricar edificaciones asísmicas que resistan los continuos remezones telúricos con que nos azota la naturaleza.

Y nada más oportuno que aprovechar esa mezcla homogénea, (milagrosa y preciosa forma de ripio,

arena, cemento, agua y sudores, argamasa que al endurecerse y perder humedad constituye el superior compuesto, el más firme y sólido material de las construcciones contemporáneas. Edificios pequeños o grandes palacios, sepulcros, puentes y carreteras, canales y embalses, monumentos y puertos, en fin, donde hay un movimiento progresista reciben esa importante mezcla que sirve de nervios, de músculos y de moldes en los esqueletos de fierro y de alambres, y en las armazones ideadas por las artes técnicas y levantadas por el esfuerzo de los obreros y maestros.

Las cuerdas de las aguas que bajan de las cordilleras, juguetonas o estrepitosas, en las estrecheces de las partes escarpadas y de desfiladeros blandos o duros, repartidos en las formaciones geológicas de las eras primitivas, o al rozar simplemente a toda hora a los linderos rocosos que las emparedan, van rasguñando y limando asperezas, extrayendo pedazos de sus contexturas, los que luego, al ir rodando, cantando y estrellándose —envueltos por la felpa del líquido— poco a poco recortan sus aristas, hasta adquirir la redondez y suavidad definitivas. Después, al llegar a la planicie, cuando el lecho se tiende y alarga, cariñoso y horizontal, descansan en él, se reparten y aglomeran, entregando su rusticidad, como recados o encomiendas rezagadas en las alturas desde las épocas milenarias. Son enormes nidos con millones de piedras manuales de varios colores, formas y tamaños, y billones y billones de “granitos de arena”, dicen que tantos como estrellas y astros hay en las galaxias de los mundos siderales.

El hombre se encarga de ir a recoger esa pétrea fruta ya madura botada por los accidentes naturales, acumulándola en grises montones, para llevarlas, repartirlas y venderlas en los sitios donde los contratistas y arquitectos necesitan sus servicios llenos de energía sustancial. De ese modo, el ser humano encontró un trabajo remunerativo, una nueva y riva vi-

talidad surtidora de entradas pecuniarias, una industria sencilla y sin huelgas, y que es aglutinante y emoliente de otras de mayor duración y estabilidad. Y se evitó, al mismo tiempo, que toda esa materia se arrastrara siempre hacia la insaciable concavidad del mar, planificando antes molestas dunas en las desembocaduras de los ríos.

Por los caminos rurales y las arterias de las ciudades se ven a diario transitar camiones y carretones cuyos resortes crujen y maldicen y cuyas ruedas chillan y rezongan estériles e inútilmente, desequilibrándose con los esfuerzos, y hasta el pavimento lanza protestas airadas. Es que todos van cargando a cuesta los pesados productos de esas minas inagotables y eternas que serpentean en la superficie con brillos y reflejos áureos y plateados —cuando el agua escasea o es desviada— a lo largo de muchas vías fluviales de Chile y de nuestro río Cachapoal.

Marzo de 1961.

## ESPACIOS SOBRESALIENTES

Desgracia es que no sean pedazos más extensos y repetidos; pero tienen aspectos y contornos nuevos dentro del conjunto entero y antiguo que casi domina por doquiera. Uno es el trecho en forma de lengua, de tres cuadras de largo y una de ancho, que empieza en el Mercado Modelo y termina frente a la calle Carrera Pinto y la Estación de los Ferrocarriles. Al advertir por primera vez o de repente su cambio, su aparición, bien podría creerse que se está junto a una ciudad de planteamientos modernos, y equipados sus habitantes de un espíritu marcadamente renovador.

Demos comienzo a un diálogo sin palabras y guiados por la perfecta hilada de los ojos, en el establecimiento que surte de comestibles, levantado y terminado después de tantos afanes, controversias, historias, suspensiones de trabajos, huelgas, amenazas y aumentos de presupuestos. Inaugurado al fin, en Agosto de 1961, vino a prestar los servicios tan acariciados y deseados por la ciudadanía, sobresaliendo por su buena presentación, por su tamaño físico, su decencia, su distribución y dependencias, aventajando enormemente a su ruinoso y vetusto antecesor, que hubo de abandonar allá en Cuevas esquina de Alcázar.

Para no caer en pensamientos y en expresiones parecidas, se copian unas frases escritas mirando el vejistorio que dejó y recordando el último tiempo de

su misión, en una crónica redactada no hace mucho, titulada "Calle Alcázar", porque muy bien le vienen y la calzan al edificio y agregados que los están reemplazando. Algunas de ellas fueron: "Se abría hacia esta calle una de las puertas principales del local. Ayudaba a dar entrada y salida a los enjambres de comestibles que llegaban de los alrededores y de puntos distantes con sonoras fiestas y riquezas. Los cuernos de la abundancia renacían diariamente y encontraban huecos necesarios —como siempre sucederá— para cubrir las variadas, coloridas, sabrosas y lustrosas exposiciones de productos saturados de vitaminas y compuesto minerales, vegetales y orgánicos de la policromía del campo chileno. Verdaderos y múltiples cuadros renovados y cambiantes de "naturalezas muertas", tentando y ofreciéndose incitantes a los miles de dueñas de casa y de público que acudían a adquirirlos para el consumo. Las calzadas y aceras vecinas adquirirían animación inusitada también en las horas de expendio. Y el aire de fuera y de dentro se llenaba de bullicios, algazaras, palabrotas, voces de ofertas y regodeos en los precios; y cerca el estacionamiento y tráfico de animales y de vehículos de todas clases, edades y dimensiones, en el exterior".

Eso sí que lo anotado habría que adelantarle al tiempo presente y que el valor de los conceptos tendría que multiplicarse con un coeficiente muy superior, en todo sentido, al referirse a esta cumbre de la transformación de Rancagua, el Mercado Modelo Municipal. Por el porte de la construcción de dos pisos; por su comodidad, utilidad y corte espacioso; por su comercio explosivo que entra y sale; por la cantidad y peso de sus transacciones; por ser centro de llegada y partida de numerosos carruajes de tracción animal y en mayor cantidad de motorizados, que acuden y se van ya a hacer recorridos en la ciudad o hacia las comunas vecinas; por las muchedumbres que lo visitan, por todo, merece elogios y agradecimientos. No

se puede dejar de decir que diariamente vienen a surtirlo cientos de camiones, micros, carretelas, vendedores ambulantes, y canastos, menos los lunes.

Lleva un banderín del nuevo renacimiento de la ciudad. Se endurece tal opinión al recorrer íntegro todo el edificio, repleto de bodegas y de negocios y puestos variados, ordenados, limpios y atendidos. En el centro interior, en el medio de una pila refrescante, está el reinado de la estatua de una mujer que representa a Cibeles, la diosa mitológica de la fecundidad campesina y de la tierra, y que parece convidar a incorporarse al laberinto del comercio más sencillo e indispensable, el de la alimentación; esa escultura espera unas estrofas de un vate local... Y para que su movimiento y su tarea no se adormezcan nunca, de un canal que es deslinde por el sur recibe día y noche gorgoteos y turbios bullicios que acumula en su travesía por la población; lo mismo le sucede con los trenes y convoyes que pasan a cada instante por su lado, convidándole traqueteos, ensoñaciones, proyectos, sufrimientos, aleteos, adioses, alegrías y miradas de los viajeros que van de sur a norte o de norte a sur.

El espacio de papel se está reduciendo; salgamos de ese remolino, para seguir por avenida Viña del Mar. Nos encontramos luego con el hermoso cuartel de la Segunda Compañía de Bomberos, palacio de cristal, transparente, con sus departamentos apropiados, salas para reuniones, ceremonias, entretenimiento y ejercicios, casa para el cuartelero, jardines. Por su arquitectura, casi no tiene comparación con sus congéneres, y parece haber sido transportado desde otra parte, desde ciudades vecinas a Valparaíso, por arte de magia.

Tropezamos pronto con la Plaza de la Marina, otro adelanto y adorno como llegado del cielo, con prados, arbustos, escaños, espejos de agua, peñascos, protuberancias novedosas, alumbrado y pavimentación.

ción. Y a esto ha venido a agregarse otra circunstancia de atracción y lección; el alza, entre el cesped, de un monumento al héroe naval de Chile, Arturo Prat; y cuya primera piedra se colocó en emotiva fiesta el 21 de Mayo último, con asistencia de autoridades, colegios, público e instituciones armadas. (El único lunar todavía está al lado oriente, donde no hay que mirar mucho, por el desmayado aspecto de viejas murallas y feos edificios. Hacia el sur, borrada de por ahí la Vega Doñihuana, hay esperanzas de agradable urbanismo en la avenida donde estaba).

Así como ése, hay en diversas direcciones de la ciudad antigua y de la moderna que la circunda en sus cuatro costados, incontables trechos, reducidos o no, que con renovaciones, chalets, edificios nuevos y plantaciones dan vistas que satisfacen con optimismo, a nivel de los días que vivimos.

Es indispensable señalar, por sus sobresalientes fachadas, esas pequeñas manzanas de habitaciones colectivas y oficinas, con cinco pisos o más, levantadas por la Caja de Empleados Particulares, acción que hizo cambiar por completo un rincón de la Plaza y casi una cuadra de calle Estado, que servirá de modelo y pauta para el ensanchamiento definitivo y futuro de toda ella hasta la Alameda Bernardo O'Higgins, dejando, además de las calzadas, metros para jardines, árboles, surtidores de agua y otros ornatos que beneficiarán la estética, el buen gusto y la impresión de quienes trajinen y observen por el barrio.

Esos bloques fueron un gran golpe favorable que recibió en su centro y en su corazón esta urbe, no envidiando tales cuadros a otros de mayores dimensiones que se extienden y reparten en ciudades chilenas y merecen mencionarse esos conjuntos de residencias elevados en Alameda esquina de Avenida El Recreo.

Aquí y en todas partes, por algunos ángulos hay que comenzar y seguir los trastornos y remozamientos que tanto se necesitan para modificar las fisonomías de calles y de poblaciones.

Espacios como éstos prestigian mucho y pueda ser que ellos no sean sólo muestrarios, sino el principio fértil y bien inspirado del rejuvenecimiento urbano y arquitectónico de Rancagua. Los sectores esos, abreviando, han delineado y adquirido una categoría superior a los otros, ya que son conquistas no fáciles de progreso y de ornamentación, de buen gusto que garantizan cambios firmes que se explayarán hacia el porvenir.

Agosto de 1965

## REVISTAS RANCAGUINAS

En un anterior trabajo se soslayaron, en otros sentidos afines, despertares intelectuales, entre los que estaban los movimientos literarios que cuajaron publicaciones que dieron sus llamas en las fiestas primaverales o en algunas oportunidades pasajeras. Ahora se desarrolla el asunto con más dilatación, haciendo añadidos que vienen mejor al caso y que son recibidos con los brazos abiertos.

En primer lugar —ya que no aparecen a la vista anuncios de hechos anteriores— hay que detenerse en 1918, cuando la Imprenta de La Semana entregó a la ciudad una obra —quizás la más antigua de tal clase— intermedia entre el libro, la revista y el periódico, pasando por recovecos de la historia. Lleva el título de “Album y Guía de Rancagua”, una especie de información gráfica multicolor y noticiosa de la época, con reminiscencias de años pretéritos. Una Memoria o estadística repartidamente especificada de lo que era hasta ese momento el pueblo, con fotografías, reseñas, anotaciones. Donde hay datos de autoridades, de instituciones sociales, culturales, de beneficencia, deportivas, políticas, profesionales, educacionales. El comercio y la industria tienen figuración, acompañados de los nombres de sus dueños; también el Rol de Avalúos de la Comuna, con todas las propiedades de un valor de más de 40.000 pesos. Nada de interés quedó olvidado del ambiente rancaguino de

esos días. Impreso en papel satinado, cuenta con 100 páginas.

Puede estimarse —y con razón— que es impropio llamar Revista a ésta y otras publicaciones que van siguiendo, porque aparecieron sólo una vez y no continuaron la enumeración tradicional. Pero, a falta de pan...; califiquémoslas de cuasi-revistas o ediciones especiales, para que entren fácilmente en esta reunión. Tampoco se hace estudio analítico de la sustancia intrínseca que hay en sus hojas; tal operación sería larga, y apenas en algunos casos se hace mención de ellas o se da un corto extracto de lo que guardan. Puede también echarse de menos aquéllas que de vez en cuando los y las estudiantes de los colegios secundarios lanzan a los ojos ávidos del alumnado, las que, por lo general, quedan enredadas entre ellos, sin traficar en medio de los grupos y de los entendidos. Lo mismo acontece con las de líneas políticas, de orientación gremial, comercial o religiosa.

Estando la Empresa citada con sus talleres en apogeo, alegró a los lectores con dos revistas: "El Pe-nequita" (1922) y "Chile Nuevo" (1925), la primera para los niños y la otra de actualidades nacionales; salían cada ocho días y, aunque gustaron, no tuvieron vida dilatada.

Siguiendo en el balancín del tiempo que se fue, en el vaivén voladero de los recuerdos y en telarañas de noticias obtenidas nos envuelve Junio, 1919. Apareció "Crisálida", órgano semanal, literario y de actualidades; bien recibida, especialmente por los minados con inclinaciones idealistas y culturales. La dirigieron Eduardo Sepúlveda Jiménez, Moisés Mussa B. y Carlos Fuentes Silva. Además de los tres colegas, escribieron allí, entre otros: Dr. Eduardo De-Geyter, Nelly Martínez M., Oscar de la Barrera, Eduardo Jaña, Joaquín Garay Reyes, José Pezoa Varas, Oscar Rojas R., Romeo Salinas, Samuel Santibáñez, Juan Florit, Julio C. González P., Enrique Ortiz. Todos rancagüinos

o vecindados en estos lares y siendo la mayoría educadores. Se sintieron sus pulsaciones hasta el mes de Octubre.

En Septiembre de 1920, el mismo poeta y soñador Sepúlveda Jiménez entregó a los aficionados el paladeo de cosas intelectuales en "Nosotros". Fue mensual y se alargó en unos cuantos números. Pero ya con aire y programa de mayores proporciones; lo mejor visto de esa calidad hasta esa fecha en Rancagua. Tipo folleto, de cerca de 100 páginas. La prensa capitalina la recibió con elogios, recalcando tal labor estética brotada en provincia. Tuvo la honra de contar entre sus colaboradores a Gabriela Mistral, ya de fama. Aparecían artículos, ensayos literarios, poesías, lucubraciones en prosa de autores de aquí, nacionales y extranjeros. En la edición de Octubre hay: del español Arturo Torres Rioseco, haciendo encomiásticos comentarios de la ilustre poetisa Gabriela; de José Enrique Rodó, Max Jara, Gustavo Balmaceda V., Pedro Prado, César Bunster, Vicente Valdés B., Roberto Boza, Enrique González Martínez, Carlos Fuentes S., Julio César González Pérez, Eduardo Sepúlveda J., Rosamel del Valle, Fernando Ossorio.

Aquel mismo año, el exaltado, combativo y politiquero año 20, que produjo cambios estructurales en la patria, dejó salir al público otros brotes del pensamiento ciudadano: "Juventud", del Centro de Propaganda Radical; "Renovación", semanario de un Centro de Estudios Sociales, bajo la dirección de Carlos Fuentes S., Eduardo Sepúlveda J., Moisés Zúñiga R. y N. Solari. También se hizo ver en seguida "Farándula", de los estudiantes de Liceo, donde escribían los alumnos de los cursos superiores, sobresañando J. C. González P. y los hermanos Héctor y Humberto Fuenzalida Villegas. Estos últimos, después con importante actuación en la docencia y en las actividades universitarias.

Todas estas publicaciones —de inspiración qui-

jotesca antes que nada— han sufrido en nuestro suelo, como así en todas partes, (dejando a un lado la capital) el mismo fenómeno: dificultades o asperezas en el camino, más duras que las que han atacado a la prensa; haciéndolas borrar después de una niñez que parecía lozana y robusta. Varios de los que escribían en ellas y en otras pronto señaladas, también lo hacían en los periódicos, los que eran plausibles y necesarios balcones para la juventud amiga de semejantes excitaciones del cerebro y del alma. Algunos continuaron la costumbre por un tiempo; unos pocos (porfiados), hasta el presente, y otros han pasado por sus columnas igual a cometas o aerolitos... o se han ido a refugios distantes.

Las bulliciosas y brillantes celebraciones primaverales estuvieron comprendidas, más o menos, desde la segunda hasta la tercera y cuarta décadas de este siglo, para debilitarse y apagarse en lo sucesivo; y las alas que intentaron levantarlas cayeron en el vacío. Eran indispensablemente acompañadas con la flor de una revista única; (en un modesto archivo consultado, aparecen las de 1927, 1928 y 1936). Todas elevaban el adorno de retratos de hermosas Reinas y de simpáticas damas de las Cortes de Honor; también las de caballeros y jóvenes del Comité que preparaba y dirigía los actos. Poesías y literatura ocupaban varias hojas, teniendo lugar preferente el poeta premiado en los concursos respectivos, y luego los que esperaban el mismo galardón. Completaban las planas avisos que se pedían a los profesionales y a los comerciantes de las calles centrales, para ayudar en los gastos; modestos mecenas no olvidados.

Otro alumbramiento generoso de esos tiempos, de índole artística, fue un representante anticipado de los Juegos Florales que se celebrarían pronto. El 12 de Octubre de 1933, festejando el Día de la Raza, el flamante Círculo de Periodistas sacó la revista "Verbo". De dimensiones grandes y 50 páginas, valía

un peso ese número 1. Entre los que allí escribieron, como también en algunas de las publicaciones recién nombradas, están: Dr. Eduardo De-Geyter, Oscar Castro Z., Eduardo de la Barra A., Gustavo Martínez Sotomayor, Manuel Sepúlveda V., Horacio Valenzuela, Alfredo Ilabaca León, Julio C. González P., Nelly Martínez M., Félix Miranda Salas, Gonzalo Drago, Miguel González N., Roque Castro G., Heriberto Gómez Vera, César Guzmán Castro, Carlos Barrales E., Alejandro Galaz, Enrique Toro Meneses, Berta Muñoz Correa, Oscar Vila Labra L. Aníbal Fernández, Gustavo Vithar Miranda, Agustín Ponce de León, etc. (¡Tantos nombres o repetición de ellos!, puede decir más de un amable lector: es para que se sepa que en Rancagua ha habido o se han juntado por ciertos períodos personas guiadas por la chifladura de dedicar parte de sus horas al cultivo de las letras o al arte.

En 1934, la Segunda Compañía de Bomberos celebró sus Bodas de Plata con un llamativo plan de entretenimientos públicos, adornado con un delgado folleto, el que llevaba la vida de la institución, listas y fotografías de socios fundadores, activos y co-operadores. Se añadieron algunos trozos literarios de miembros de ella o no. Los hay de Nelly Martínez M., Francisco Tello G., Carlos Jaña A., Miguel González N., Benjamín Rubio M., Roberto Maturana y del que esto escribe.

Con motivo de la celebración del Segundo Centenario de la fundación de la ciudad, en 1943, la Casa Gabriel Fuentes M., obsequió a sus clientes, relaciones y bibliotecas un librito: "Recuerdos y tradiciones de Rancagua", educativo y documentado, sabroso resumen de aquí y de la región, redactado por Lisandro Arriagada.

"Actitud" constituyó un destello mensual de idealismo del Grupo "Los Inútiles". Empezó a editarse en mimeógrafo a principios de 1943 y tuvo la-

tidos durante un tiempo. El de Noviembre de ese año lleva el N<sup>o</sup> 8 y en él hay trabajos de conocidos escritores, como de Oscar Castro Z., Félix Miranda S., Luis Gaona A., Andrés Cifuentes y Raúl González Labbé.

El Rotary Club establecido entre nosotros en 1927, incorporó a sus actividades sociales, humanitarias, de confraternidad y de servir, una publicación todos los meses, circulando en el ámbito de sus componentes y amistades. Sus secciones tenían artículos y novedades de oportunidad de aquí o de fuera. En una de ellas, de 1958, por ejemplo, hay interesantes composiciones: del doctor Juan Chiorrini A., de Claudio Sandoval C., Manuel Paredes H., Luis Trénova B., Miguel Olivares G., Guillermo Toro C., Wenceslao Varela, y un poema de Gabriela Mistral. Esa forma de enlace fue suprimida después, siendo reemplazada por un Boletín de más restringidas iniciaciones. Por otro lado, reciben los socios la antigua Revista Rotaria Internacional, en castellano, que produce relaciones entre los miembros de todo el mundo; impresa en Illinois, EE. UU.

La Braden Copper, como excelente y verdadera "tía rica" y generosa con Rancagua en cuanto se le pide y hace falta, ha sido también un casi semillero de Revistas. Empecemos por la principal, "El Teniente", nacida e inscrita como propiedad suya a fines de 1953, (pero fue antecesora de ella "Tópicos de El Teniente", 1919). Por haber pisado en terreno seguro y valioso no ha sufrido los achaques económicos y cuenta ya con no corto vivir. La ha repartido gratis a su personal de esta ciudad y de los campamentos. Es de pauta informativa y noticiosa, generalmente, con referencias y pormenores de sus pertenencias, tanto sociales como laborales, deportivas, educacionales, culturales. La ilustran siempre fotos e instantáneas de jefes, empleados, obreros, fiestas familiares y de grupos, paseos, faenas de la producción del

cobre, instalaciones, edificios, maquinarias y operaciones, paisajes cordilleranos, plantas, molinos, fundición, patios, oficinas, ferrocarril, estaciones, etc.

No faltan redacciones ilustradas de importantes temas literarios, cortas y explicativas crónicas, no escaseando notas de buen humor y de entretención. Resumiendo, una apropiada lectura para conjuntos de personas de diversos niveles y preparaciones. No lleva en su portada el nombre de esta ciudad, sino sólo Braden Copper Company; impresa en buen y duro papel en la editorial Zig-Zag; bien dirigida en lo actual por el distinguido periodista Enrique Swett C.; y antes lo fue por Mario Illanes. La existencia múltiple y en extremo variada de la "ciudad de las escaleras", de los campamentos, de las instalaciones y actividades en Rancagua y en el puerto de San Antonio, han pasado por allí, gráfica y periodísticamente; su diario episodio y colorida historia, igual que en una película divertida, documentada, instructiva e interminable, con los rostros y las preocupaciones de toda esta parte de la provincia y de la zona.

Lo mismo puede decirse de un hermano que le apareció el 17 de Febrero de 1962, el que recibió una buena dosis del bagaje de su experiencia y de su antiguo programa. Es como un gancho liviano y movedizo desprendido de su volumen y que, con juventud; destreza y agilidad va provista de un arcoiris de carácter nuevo y popular, dinámico, recreativo. Igualmente, es gobernado por el escritor Swett Claro, pero es de papel y modelo de un "tabloide". Lleva el nombre de Rancagua abajo de su título; se presenta los días sábados, se llama "Semanao de El Teniente" y es editado en los talleres de El Rancagüino. Entre empleados, obreros y sus familiares tiene mucha aceptación. Por último, parece haber influido para que la primera se adelgazara un poco y se estilizará, adquiriendo más jerarquía fisonómica el espíritu que anima a su trayectoria.

Tomado de un modesto caldo de cultivo del mismo tono, coloquemos en esta exhibición a "El Balance", de los empleados locales de la Braden. Aparecía los días viernes, desde 1952. Su director era Jorge Silva C. De pocas páginas, escritas en mimeógrafo, con lectura y láminas surtidas y entretenidas, y en especial con temas relacionados con el lector que representaba. Dejó de circular a mediados de 1957.

En Octubre del año pasado, 1964, vio la luz el tal vez benjamín de esta clase, denominada "¡Eh!...", con una novedosa y simbólica portada polícroma, magazine mensual, dirigido por su propietario el profesor Luis Soto Jiménez. El N° 1 tiene 64 páginas y un buen sumario, con artículos de interés, algunos de los cuales relacionados con Rancagua y su Batalla. Hay una agradable y sentimental disertación de Isolda Pradel, titulada Pinceladas de un Recuerdo. A continuación siguieron desfilando ediciones. ¿Cuántas más?...

Se pone término a la "revista de Revistas", —o parecidas— que se presentaron, sin la pretensión de haber agotado el material. Y repitiendo lo dicho antes —y que es sabido por todos— si muchas no tuvieron mayor duración que las señaladas, ha sido porque la atmósfera sensitiva, emocional e idealista es algo mezquina en estímulos e impulsos que alienten y den vida a los valores invisibles del individuo.

Septiembre de 1965.

## POBLACION RUBIO

Esta pequeña ciudad fue adherida, como un molusco, en una parte del costado sur, al viejo plano de Rancagua. Se la construyó en 1930 y 1931 en una porción de terreno que estuvo cubierto de durazneros, árboles hechos plantar por el industrial don Juan Nicolás Rubio, pues necesitaba los frutos en su Fábrica de Conservas. De ahí proviene el nombre de la Población. Fallecido en 1928 y hecha humo su importante industria, la sucesión tuvo que repartirse pronto y cancelar deudas fiscales y bancarias. Entre los bienes estaba ese potrero.

Un pedazo de él lo compró la Caja de la Habitación, para edificar casas y cederlas a los imponentes del Seguro Obligatorio, amortizando su valor con el pago de los arriendos, procedimiento casi desconocido en esos años. Ya empezaba a hacer cosquillas en el aire chileno el problema de la escasez de viviendas y a cuajarse los anhelos y pensamientos de carácter social.

Actualmente, la mayoría de los vivientes no está bajo la influencia de aquella institución previsional. Después pasó la dirección de las cobranzas a la Caja Hipotecaria. Todavía hay numerosas personas que cancelan la amortización, algo así como \$ 60 mensuales. Una casa de tres piezas importaba, en 1933, un poco más de \$ 16.000, y son "doñas" casas y "doñas" piezas, comparadas con las "pajareras" que hoy entregan en poblaciones.

Como las cuotas iniciales de esa especie de sociedad mutualista eran un poco subidas para muchos trabajadores, no todos se interesaron en inscribirse y

ocupar las habitaciones; o si lo hacían, pronto las arrendaban y las vendían a otras familias, siendo adquiridas por gente que no era obrera, sino empleados fiscales o particulares, comerciantes, jubilados, profesionales, modestos rentistas o dedicados a diversas actividades. Y esa misma gama de habitantes la pueblan en el presente: un trozo de vida y de emociones de la ciudad madre, con todas sus cualidades, defectos, inquietudes o necesidades.

Además de la excelente ubicación, tan cerca de las oficinas principales, estación y maestranzas de la Braden Copper, y del centro comercial, se caracterizó por un detalle desconocido en Rancagua hasta entonces en poblados levantados anteriormente, como Poblaciones Centenario y Cuadra: las casas fueron fabricadas en series, con aspectos iguales todas, de una misma altura, con una misma figura, como quien hace ladrillos o adobes, sin nada de diferenciación en la arquitectura o en el estiramiento horizontal de un solo piso. No había nada parecido en parte alguna de la localidad. Por esa causa, personas que en un principio se entusiasmaron por adquirir propiedades, se arrepintieron después, porque decían que esa uniformidad les desagradaba y que se asemejaban a corridas o hileras de sepulturas del Cementerio Católico de Santiago...

Pudo ser de mayor extensión el terreno edificado. Para aprovecharlo bien, acortaron las clásicas manzanas de sur a norte, dejando la dimensión de oriente a poniente y quedando rectangulares. En seguida de Millán, que es donde tiene presencia urbana más larga, están las calles Palominos, Unión Obrera y Molina; unida la primera como Av. Dos de Octubre, embotellada la segunda en esa dirección y corta la última. Y la atraviesan las calles Bueras, Astorga y Campos, como prolongaciones de éstas. Obsequiaron en el medio un regular trecho para una plaza, la que con los arreglos, plantaciones y cuidados

luz simpático aspecto que atrae a los niños y al vecindario. Se la bautizó con el nombre de libertador americano Simón Bolívar y un busto de él adorna el paseo. En su recinto se celebran, en particular en las noches primaverales, en Pascua y Año Nuevo, animadas y divertidas fiestas, con música, atronadores parlantes y bailes de amanecida, concurridas por la juventud de ahí y de los alrededores y por vecinos. También un activo club deportivo lleva el nombre del prócer.

Por intermedio de calle Bueras comunica la Población Esperanza y otras con la ciudad y les da salida hacia ella; al occidente se une con la Población Sewell, en la que se empleó ya verticalidad en los edificios. Al levantarla, se tuvo la inteligente idea de dejar cortos espacios en las veredas, que sirvieran de antejardín; a veces se aprovecha uno para dos casas, fácil de dividir. Los propietarios e inquilinos en muchos de ellos han puesto plantas y arbolitos de adorno; han alzado paredes bajas y rejas, acentuando mejor rasgos y líneas de chalet. Otros no aprovechan tales ejemplos y estímulos de optimismo sano, no les da envidia ni aprenden lo bonito que se ve al frente o al lado, "no se oye padre" y los pedazos de tierra endurecida agrandan las aceras y parece que no fueran vivientes de esos inmuebles... Igualmente sucede con las fachadas; las personas progresistas las han estucado y pintado, han colocado antetechos y otras variaciones y trabajos que muestran esfuerzo y vitalidad y que hacen dar buenas impresiones. En cambio, en innumerables casos, los frontis permanecen tal como se las construyó hace 30 años.

En resumen, han florecido innovaciones y ya no se ve esa continua franja de color ladrillo apagado, y la uniformidad en tal sentido desapareció en gran parte. En los interiores, con casas 2, 3, o 4 piezas, los cambios han sido mayores, pues para utilidad han confeccionado nuevas habitaciones o transforma-

do las existentes, fuera del aprovechamiento de los patios con árboles, jardines, hortalizas o gallineros.

Un asunto casi negro en la población es la escasez de arborización en las vías, como también lo es la falta del segundo piso exterior. Nadie ha superado, con vista hacia afuera, esa falta; otros aposentos concordados arriba harían borrar bastante la fisonomía y la pareja estampa que perdura. (Puede ser que las bases de las paredes no permitan tales agregados, sin tomar antes precauciones y hacer las firmezas necesarias).

Otro punto negro y más grande es el incómodo y anacrónico pavimento de las calzadas, hecho con piedras-huevillos de río, a la moda colonial. Una Junta de Vecinos, dedicada al adelanto del barrio, y que dicen se reúnen de vez en cuando, ha luchado por la solución de este problema, con pocos resultados. Más allá de sus límites primitivos, otros dueños de los terrenos colindantes vendieron o edificaron sitios, donde luego surgieron hogares de otra y de distinta presentación, saliéndose del marco de aquéllas. Entre ellas están los talleres del periódico "Crítica".

Este sector goza de relativa paz provinciana. Carece bastante del bullicio y del ajetreo, del movimiento tupido de vehículos y del trajín de peatones apurados que se palpa en las vías centrales y comerciales, y recibe contenta los campanillazos, timbres y bufidos, ruidos y alborozos estridentes cuando pasan los trenes o autocarriles del o a El Teniente y campamentos, repletos de ansias e ideas de mineros y sus familiares, de viajeros y turistas.

Y por el otro lado, el canal Juan Molina le regala una playita suspendida, sombreada por árboles, los que abanicán diariamente, empapados de frescura y murmullos de las aguas turbias y revoltosas que se empujan para saborear y deleitarse en intimidades vecinas, callándolas siempre, reservadamente.

Marzo de 1962.

## REMINISCENCIA DE UN GRAN INCENDIO

Una floreciente y rica industria maderera que proporcionaba buena actividad a la somnolienta ciudad se encontraba establecida en un barrio que ya había podido figurar, en el año 1907. Sus enormes y dilatados galpones, con habitación y oficinas contiguas, ocupaban como una manzana de terreno, comprendida entre avenidas San Martín y Rubio, y a una cuadra más allá de Brasil. Al frente, por Rubio, (hoy Caja de Crédito Popular, y hasta calle Jorge Rivera) en sitio eriazó que servía de bodega, se almacenaban las tablas que no cabían debajo de los barracones ni junto a ellos, en numerosos y elevados castillos. La Fábrica pertenecía a la "Sociedad Nacional de Buques y Maderas", con capitalización y ramificaciones en otras localidades del país. Se traía de esta zona o del sur la materia en bruto con el fin de arreglarlas y elaborarla, y vender y surtir en abundancia para las necesidades de la provincia, de Santiago y del norte.

En ese depósito o bodega al aire libre nació, un día de Enero un incendio, antes de la una de la tarde, cuando todo el personal estaba ausente por ser hora de almuerzo. Se dio la alarma correspondiente, se tocaron los pitos para que concurrieran los obreros y empleados y apagar con baldes y tuestos con agua. No dándole a un principio mucha importancia al suceso, se llamó a los bomberos, los que iniciaron

luego también la tarea con su modesto material y solamente con el histórico bombín que poseían desde tiempo atrás. Pero todo fue inútil. El incendio se propagaba por todo el recinto y los castillos de tablas ardían como fósforos, siendo ayudado por un viento sur-poniente, cómplice que apareció de repente, batiendo sus aspas de exterminio.

Y ese mismo demoníaco viento llevó las llamaradas, atravesando la calle, en formas de grande y peligrosas lenguas ardientes, armadas de incontenible y loco deseo de destrucción, hasta llegar a tocar y herir de muerte, como un rayo eléctrico, a los aleros de los altos galpones de la Barraca. Ahí empezó, la catástrofe y la vorágine ebria y ansiosa de combustión. Los escasos y abnegados "caballeros del fuego" de entonces, agrupados nada más que en una Compañía o asociación, se encontraron ya incapaces y el agua escaseaba para la magnitud del hecho. Las autoridades pidieron auxilio a los colegas de Rengo y San Fernando, los que no tardaron en llegar con sus bombas y utensilios sobre un carroplano de los Ferrocarriles. (En esos años las máquinas bomberiles eran arrastradas solamente por hermosos y forzudos caballos, funcionaban activadas y movidas por el esfuerzo de los voluntarios y las mangueras eran de suela...). Pero el enemigo seguía cundiendo y abarcándolo todo, en diversas direcciones, en techos y pisos cubiertos de maderas, aserrín y virutas, y en los cercanos castillos de tablas, lo mismo que si se hubiera rociado con parafina. Las valiosas instalaciones, tabiques, murallas, planchas de zinc y enmaderaciones caían haciendo estruendo en medio de la inmensa hoguera, arruinando y destruyendo herramientas, motores, maquinarias, aserradoras, canteadoras, cepilladoras y cuanto instrumento necesitaba la portentosa manufactura.

Los bomberos se limitaron mejor a cortarle el

camino al fuego, hacia el norte y el sur, en propiedades y habitaciones, donde ya continuaba haciendo estragos. No hubo caso de salvar siquiera una parte del establecimiento y la desgracia tuvo la tarde entera para desarrollar su fatídica y destructiva misión. Enormes y fantásticas nubes de humos blanquizcos, oscuros o arrebolados de tornasol, salpicados siempre por constelaciones de chispas rutilantes y amenazantes expandían sus triunfos por la atmósfera.

Cuando al principio el siniestro atravesó la calle y siguió avanzando tenazmente y viendo que era imposible impedir el desastre completo, el administrador de la Fábrica, que tenía su residencia al costado sur, por San Martín, falleció de un ataque cardíaco; su cadáver fue colocado, mientras llegaba un médico, sobre el mostrador de la Agencia El Sol, situada en esquina de Brasil. Era don Randolpho Goñi, abuelo del hoy conocido dirigente deportivo, Presidente de la Federación de Fútbol y del Comité Ejecutivo del Campeonato Mundial último, don Juan Goñi S. Otro caballero humilde que vivía casi frente a calle Mujica, al no darse cuenta, durmiendo la siesta, de lo que pasaba, murió asfixiado en su cuarto.

La ciudad se despobló en gran parte, por ir a presenciar el fatal acontecimiento y mirones nerviosos se amontonaban y comentaban a su gusto, eso sí que tenían que estar a más de cien metros de distancia, por que el calor sofocante y el temor tendían un natural cordón de taco y de vigilancia... Los vecinos, tanto del norte como del sur, inmediatos al foco terrible, los primeros especialmente, alarmadísimos y contagiados con la fiebre del susto y del peligro, ya que el viento llevaba pedazos de tablas encendidas y humo chispeante, sacaban hacia las calzadas sus enseres, muebles y artículos alimenticios. Hasta los que residían en Avda. del Cementerio —hoy O'Higgins— tuvieron que hacer lo mismo. Tal como ahora acontece, muchos "comedidos" se ofrecían para ayudar en

semejantes operaciones, pero desaparecían pronto con las cosas que podían pescar... ¡Y nadie se daba cuenta...! A lo que habría que agregar las pérdidas habidas por deterioro de muebles y quebrazón de objetos de cristal y de loza. Los cuadros y escenas de pánico y apresuramientos miedosos que presentaba todo eso era emocionante y pintoresco a la vez. Por avenida San Martín, en la vereda de enfrente, a cuyo lado corría una acequia cenagosa, los vivientes juntaban ahí agua en baldes y la lanzaban a las puertas, ventanas y vigas de sus casas, pues se resecaban y calentaban y temían que ardieran. Si tiene lugar durante la noche el siniestro, los resultados habrían sido por demás espantosos y crueles y el espectáculo general habría tomado espeluznantes colores, tremendamente dantescos y de trágicas consecuencias...

Al entrarse el sol ese día, la hoguera palpitaba apenas en el suelo y sin riesgos de expansión. Los centenares de planchas de zinc de los techos se veían retorcidas, carbonizadas, calcinadas, igual a grandes hojarascas caídas de los árboles en Otoño. Las maquinarias, hollinadas y cubiertas de cenizas, parecían animales del desierto, petrificados y quietos, descansando sobre una rojiza alfombra. Los novedosos y curiosos se multiplicaban y ya pudieron sin miedo observar y comentar, trajinar por los lados, tomándole el olor a la quemazón que se desparramaba como una monumental bestia moribunda. No se piense que la gente del rededor durmió tranquila esa noche.

La Sociedad afectada por la hecatombe se llevó o remató lo que aún podría servir y no volvió ahí ni en otra dirección urbana a levantar su rica actividad, y Rancagua perdió para siempre tan sobresaliente industria. Después..., borradas un tanto las impresiones, las emociones y las manchas del suceso y limpiado el terreno, los dueños de éste, con espíritu comercial y progresista, dispusieron abrir una corta

calle, continuando la línea de calle Cuevas, que uniera a San Martín con Rubio. Se loteó, y vendieron luego sitios a ambos lados y por las arterias nombradas, los que se fueron edificando y poblándose, adquiriendo viveza lo que antes era con poco vecindario.

Constituye actualmente un sector central, de comercio y de movimiento. Parangonando la frase del lema del escudo rancagüino, puede decirse que la renovación del barrio nació de las cenizas...

Agosto de 1962.

## AUTORES RANCAGÜINOS

La nebulosidad se clarificó cuando pudieron conseguirse varios de los muchos datos que se necesitaban. Pero no se estudió con profundidad lo que tiene o pueda tener su material, anotando sólo lo que afloró con relativa facilidad a la superficie. Va, así, una visión o nómina no completa, una especie de colección no seleccionada de autores de libros —aunque sea nada más que uno de éstos— que han sido hijos de Rancagua o que han residido aquí durante toda o parte de su vida y donde desarrollaron actividades relacionadas con el arte u otros rumbos de la inteligencia. El hecho es que hayan tomado un manojito de sus producciones y lo encerraran entre las plumas voladoras de las letras de imprenta, para entregarlas al juicio inquisidor o indiferente del público y de la posteridad. Sus esfuerzos valen más que estos modestos resúmenes con rastros biográficos.

No se discrimina ni se toman enfoques de ellos solamente desde una situación. Habrá de todo y surtido; regular, bueno o deficiente; de escaso, mediano o marcado peso y volumen. Se hallarán noticias de literatura en verso y prosa, historia, ensayo, teatro, cuento, novela, crónica. No se critica, analiza o califica el contenido de los libros. En ciertas ocasiones pueden ir algunas breves pinceladas de rasgos de los autores y sus trabajos. Por lo tanto, habrá vacíos por olvido o escasez de informes. Están los nombres de los escritores, los títulos de sus obras —no todas

en muchos casos—, fechas de aparición de ellas, si se las tuvo, y cualquier-corto detalle que singularice a las personas o a sus páginas. El espacio, la intención y la preparación no dan mayores expectativas. . .

*José Victorino Lastarria.*—Fue el primero que se presentó al llamado que no inútilmente se hizo al redactar esta compilación. Es como el hijo más representativo y famoso de la intelectualidad con lazos rancagüinos. Fecundo y fuerte escritor, jurisconsulto, político, literato, sociólogo, educador y legislador del siglo pasado. Nació en 1817, siendo sus padres don Francisco de Asís Lastarria y doña Carmen Santander. Llevado desde niño a Santiago, allí se educó y se recibió de abogado y profesor. Lo atrajo la política, a la que supo adaptarse con su carácter vehemente, orgulloso, altivo; relacionándose con todo el mundo que intervenía en los negocios públicos y espirituales chilenos. Algunas de sus obras, escritas en forma de cuadernos, servían en sus clases y en la enseñanza, tales como “Lecciones Geográficas” (1838), “Apuntes y Trozos Literarios”, “Estudios Jurídicos”, “Efemérides”. Con sus novelas cortas y cuentos compuso el tomo “Antaño y Ogaño” (1884). “Recuerdos Literarios”, (desde 1835 a 1876), “Geografía Moderna”, “Constitución del Gobierno de Chile”, “Misceláneas Literarias”, “Salvad las Apariencias”, “El manuscrito del Diablo”, “Política Positiva”, “Derecho Público”, “Historia Constitucional de Medio Siglo”, desde (1800 a 1850), editado en Gante (Bélgica), en dos tomos (1866), cuando estuvo desterrado en Europa. Falleció en 1888.

*Arturo Moreno M.*—Con la anotación al final de la portada: Rancagua, Septiembre de 1904, publicó este agricultor y minero de la ciudad un folleto de 67 páginas, tamaño revista, titulado “Historia y Antecedentes del Mineral El Cobre”. En él hay también

escritos de técnicos metalúrgicos, relativos al negocio y a las bondades de las exploraciones hechas. A la vez, certificados y análisis efectuados por una Beneficiadora de Metales local y por la Oficina de Ensayos de la Casa de Moneda; y reproducciones de artículos de los diarios santiaguinos La Ley, El Porvenir y La Tarde. Ayudaron como socios en las labores de esos minerales de cobre y oro —situados— en Vichuquén (Curicó)— los caballeros rancagüinos Alejandro Morán G., José María Herrera y el abogado Víctor M. Silva. Parece que todo ese entusiasmo metalúrgico no pasó más allá de un espejismo, como a menudo sucede...

Dr. *Eduardo De-Geyter C.*—Un astro, en todo sentido, en el ambiente intelectual. Llegó a ésta en 1892 y principió a remover y cultivar el terreno cultural casi virgen aún. Habría bastante que escribir sobre el entusiasmo siempre juvenil y nervioso y la obra social, humanitaria y artística de este médico venido de una provincia del norte. Rancagua, agradecida, le erigió después de su muerte un busto en la plazuela donde él tuvo su consultorio. Una calle y la Biblioteca Popular tienen su nombre. Escribió poesía y prosa en los periódicos; al mismo tiempo, comedias, entre las que sobresalieron: "Los Apuros de un Dentista Improvisado", "Ensayos de un Nuevo Explosivo", "Ladridos de Perros". Disertaba y pronunciaba discursos fácilmente y fue profesor del Liceo. En un número de La Provincia de 1928 se anunció la preparación y pronta aparición de un libro suyo, donde recopilaban sus más celebrados trozos literarios: "Poesías".

*Carlos Fuentes Silva.*—Dinámico y comunicativo profesor primario, recibido en 1912. Trabajó en la Escuela Superior N<sup>o</sup> 1. Al nacer La Semana en Agosto de 1915, fue de los primeros en alinearse como

uno de sus colaboradores, cronistas y redactores; distinguiéndose a la vez en las instituciones sociales y políticas. Algunas de sus poesías las coleccionó, en 1916, en un pequeño libro que llamó "Primeras Flores". Le siguieron novelas cortas, como "Ultimo Rayo de Sol", "Crepúsculo", "Los Pobres". Con el tiempo, la docencia lo arrebató, llevándolo ascendido a Valparaíso.

*Julio Escudero Guzmán.*—Nació en Rancagua, hijo de un rector y profesor del Liceo que hubo en los primeros años de este siglo. Estudió ahí parte de las Humanidades, terminándolas en el Internado Barros Arana. Es un brillante abogado, catedrático y escritor en asuntos internacionales e históricos, desempeñando honrosas misiones en el extranjero, delegado y asesor. Su Memoria para licenciarse en leyes versó sobre "Situación Internacional del Estrecho de Magallanes" traducida más tarde al francés. Su padre, don Julio Escudero M., en 1916, dio a la publicidad, en los talleres de La Semana, el folleto de 43 páginas "La Batalla de Rancagua", con novedosos preliminares y explicaciones de la ciudad y de los contornos, en los días del heroico encuentro.

*José Pezoa Varas.*—Recibido en 1911 en la Escuela Normal de Curicó. Profesor en la Superior de Rancagua, por algunos años; después fue de las Preparatorias del Liceo y en una escuela de los campamentos de la Braden. Inteligente, escéptico, estudioso, con iniciativas de orden social. Publicó dos libros no de mucho grosor, pero de batalla, polémicos, incisivos, periodísticos: "En el Feudo" (1919), de 103 páginas; y a los dos años siguientes "El Mineral de El Teniente y sus Víctimas", de menos páginas y letras pequeñas. Describe sus impresiones y observaciones y la vida en la Braden Copper. Se estrellaron contra

ellos poderosas influencias que intentaban impedir su circulación y su venta.

*Miguel González Navarro.*—Bastante conocido como periodista y por su intensa y continuada campaña en beneficio de su ciudad, por más de 40 años en *La Semana* y *El Rancagüino*. En sus ratos desocupados redactó: la novela "Felicidad en la Vida Modesta", "Viajando", recados de su estada en Europa; "Recuerdos Provincianos Apolíticos del año 1920" (1931); tradujo del francés la pieza teatral de G. Verga "La Caza del Lobo" (1916). Sus artículos y crónicas a veces los firmaba con el seudónimo Mig-Záles; muchos de los cuales recopiló después en el libro "De Repente". La órbita de su misión periodística estuvo siempre en el marco de la medida y la independencia. Una calle nueva de la ciudad hoy lleva su nombre; falleció trágicamente el 15 de Enero de 1959.

*Enrique Sepúlveda Campos.*—Rector del Liceo de Hombres desde 1915 en adelante. Buen y entusiasta pedagogo, en Idiomas e Instrucción Cívica. De animoso espíritu público y social; suave en el trato con todo el mundo, atento, y no siempre bien comprendido. Conferencista de elegante presencia y fácil palabra, con temas educacionales, políticos o culturales, Colaboraba con sabios y entretenidos trabajos en los periódicos. En 1922 entregó a los lectores impresa una de sus mejores conferencias, pronunciada poco antes en el Teatro O'Higgins: "El Maestro y el Hogar".

*Moisés Mussa B.*—Siguió cursos primarios en la Escuela N<sup>o</sup> 1 alrededor de 1910, matriculándose en seguida en la Normal José Abelardo Núñez, de Santiago. Recibido, hizo clases en la misma Escuela N<sup>o</sup> 1, para trasladarse luego al Instituto Pedagógico y después a Europa, hasta doctorarse en algunos ramos de

estudios superiores, y volvió a Chile. Durante aquellos primeros tiempos de maestro escribió en la prensa de Rancagua trozos poéticos y en prosa, relativos a la enseñanza y a otras materias. También se dedicó a novelas cortas y cuentos. Reunidos se llamaron "El Dolor de lo Imposible" (1920), "Desde la Vida", y otros. Ya siendo catedrático, ha confeccionado obras de contenido docente: "Nuestros Alumnos", "Guía de Observaciones Pedagógicas", (1930), "Problemas Vitales del Magisterio Chileno" (1943), etc.

*Joaquín Garay Reyes.*—Rancagüino. El colaborador más antiguo de periódicos de la localidad, ya que empezó a enviar sus lucubraciones y párrafos en 1916 a La Aurora, siendo director don David Ramírez C. Igualmente, otras publicaciones del país lo han admitido. La fuente de sus inspiraciones ha estado, en la mayoría de los casos, en motivos, anhelos y vistazos de su ciudad, sean con sabor a literatura, a historia o relacionados con problemas urbanos o de interés general. Varias de sus elaboraciones, y agregándoles otras las unió más tarde en cuatro libritos, no muy extensos: "Motivos Rancagüinos" (1934), 172 págs. con estampas; "Pechos Generosos" (1938), 108 págs.; "Anochecer" (1947), 145 págs. (estos 2 últimos encierran narraciones, cuentos, novelitas cortas); "Don Juan Nicolás Rubio" (1951), 115 pág. crónicas y anécdotas). Ha usado en ocasiones seudónimos, siendo el mayormente repetido el de J. Garnier.

*Oscar Castro Zúñiga.*—Inspirado escritor y poeta lírico y sentimental, de alto vuelo. Prestigió a su pueblo natal; uno de los valores de la poesía y de las letras chilenas. Recibió premios en concursos y aquí se consagró definitivamente en 1936, cuando obtuvo el galardón del primer puesto en el canto a la reina de las fiestas primaverales de tal año. Colaboró en diversas direcciones y escribió poemas, cuentos y no-

velas, acogidos por la crítica y los lectores. Dirigió un tiempo la Biblioteca del Liceo de Hombres y reemplazaba a algunos profesores. Entre sus libros figuran: "Camino en el Alba" (1938), prologado por Augusto D'Halmar; "La Vida Simplemente" (1954); "Llampo de Sangre" (1950); "La Comarca del Jazmín"; "Lina y su Sombra". Falleció en Noviembre de 1947.

*Gonzalo Drago.*—Intelectual con vinculaciones en Rancagua y sus escritores, por haber residido en ella por un tiempo y por haber sido uno de los sostenedores del Grupo "Los Inútiles". Escribe continuamente en El Rancagüino, en sus columnas Antena y Los Libros; en la última comenta y hace crítica de las obras que recibe, misión que ha ejercido ya por 30 años. También redacta para otras publicaciones nacionales. Entre sus libros están: "Río Verde", novela; "El Purgatorio" (1951); "Surcos" (1948); "Una Casa Junto al Río" (1946); "Cobre, Cuentos Mineros" (1941), cuyos argumentos son tomados en el polícromo ambiente de los campamentos de El Teniente.

*Manuel Gálvez M.*—Rancagüino cien por ciento, como otros de los anotados aquí. Fue funcionario de la primera Notaría que hubo en la ciudad, jubilado en la actualidad. Estudioso, ordenado, de apacible existir, con una memoria digna de envidia. No hace mucho terminó su "Historia de Rancagua", muy bien documentada, con detalles casi inéditos o poco conocidos por colegas dedicados al mismo género literario. Anteriormente, con esa misma acuciosidad y paciente erudición, había entregado —con gran oportunidad educacional—, adornado de estampas, "El Siglo I del Liceo de Hombres de Rancagua" (1946), de 316 páginas, en buen papel. Por su dedicación y sus resultados, la Municipalidad últimamen-

te lo condecoró con la insignia de Santa Cruz de Triana. Es profesor de idiomas y posee una excelente biblioteca.

*Félix Miranda Salas.*—Escritor vigoroso, analítico y profundo en sus pensamientos y descripciones. El desarrollo y la vida de la ciudad han tenido en él un comentarista agudo, minucioso, valiente y erudito. También ha redactado para la prensa buenos artículos. Desempeña el cargo de director ad-honorem de la Biblioteca E. De-Geyter, y antes fue del personal de la Tesorería Fiscal. Sus obras son: "Rancagua. Apuntes para una Historia" (1943), 168 páginas; "Santa Cruz de Triana. Rancagua durante la Colonia" (1956), 122 págs.; "Vargas Vila" (1965), disertaciones referentes al discutido autor de avanzada colombiano, y hoy un tanto olvidado: "Crónicas de Rancagua" (1966), 122 págs. El Municipio lo ha premiado con la condecoración de Santa Cruz de Triana.

*Oscar Vila Labra.*—Nacido en 1909. Realizó sus estudios humanísticos en el Instituto O'Higgins, ya que está a unos pasos y frente a su hogar paterno. En 1933 fue uno de los fundadores del Grupo "Los Inútiles" y escribió en la prensa. En seguida partió a la capital, a conquistarla, figurando pronto en un puesto administrativo de la Universidad. Tomó parte en 1947 en una expedición al extremo sur, en el transporte Angamos. Fruto de ella son: "Chilenos en la Antártida" (1947), e "Historia y Geografía de la Antártida Chilena" (1948). En esta fecha tenía en preparación otros dos libros. De vez en cuando trae a su ciudad ramilletes coloridos de cultura y arte, distribuidos en cuadros y pinturas de autores chilenos y extranjeros.

*Baltazar Castro Palma.*—Político ingenioso, inquieto, batallador, fogoso, popular; de buena y florida oratoria, apasionado en ciertas oportunidades. Actual senador, habiendo sido antes diputado y presidente de la Cámara; siempre izquierdista. Ha viajado mucho y visitado países, en especial los socialistas. También es escritor conocido. Sus artículos y literatura marcan su ideología, su preparación y sus deseos, en revistas y diarios. Resúmenes a la vez de su existencia andariega, de sus miradas y lecturas, de su desasosiego cerebral, son media docena de obras: "Piedra y Nieve" (1943); "Sewell" (1959); "Un Hombre por el Camino" (1950); "Mi Camarada Padre" (1958); "¿Me Permite una Interrupción?" (1962); "Légamo" (1965).

*Raúl González Labbé.*—La odontología y las letras han tenido en él un buen representante. Hijo de una provincia vecina, al obtener su profesión se acercó en Rancagua, donde formó un hogar. Relacionándose luego con los círculos intelectuales y ha sido un sagaz dirigente de "Los Inútiles". Además de sus crónicas enjundiosas, valientes, instructivas, amenas y variadas que aparecen en El Rancagüino, ha podido entregar a sus lectores y a la nacionalidad libros no menos interesantes, de producción encontrada y cosechada en su pueblo y en la zona. Tenemos así: "Chépica" (1941), cuentos; "Luz en la Tierra" (1947); "Algo Pasa en las Aldeas" (1953), cuentos; "Los Celos de Fernando Salas", novela.

*Fernando Cuadra P.*—Rancagüino por familia, nacimiento y educación. Estudió en el Instituto O'Higgins, en el Internado Barros Aranas y en el Instituto Pedagógico. Llevando en la sangre el cosquilleo artístico, se inclinó hacia la dramaturgia, con éxito. Es autor de no pocas piezas teatrales, unas estrenadas y otras no aún. Se destacan: "Rancagua en

1814", "Las Medeas" (1948), tragedia premiada en un certámen del Teatro Experimental; "Las Murallas de Jericó"; "El Oso en la Trampa"; "El Diablo anda en Machalí"; "La Niña en la Palomera", impresionante drama de una adolescente, primer premio en la Sociedad de Autores Teatrales. Reside y es profesor en Santiago. Le agrada andar por los barrios bajos, para obtener reflejos que le sirvan en el tejido de sus tramas.

*Héctor González Valenzuela.*—Director de El Rancagüino, desde 1955. Nació con olor a tinta, por lo que el periodismo lo aprisionó, pero deja tiempo para dedicarse a otras actividades sociales, a pormenores y al progreso de la Empresa que representa y de la cual es socio, al leonismo, a viajar por diferentes países a causa de su misma tarea. Inició sus estudios en el Instituto O'Higgins y los terminó en el Liceo. A continuación se fue a Santiago, egresando de la Escuela de Derecho en 1945. Redacta generalmente los editoriales del diario; también, temas con atingencias al pasado existir de su pueblo y entretenidas crónicas y comentarios relativos a sus viajes. En 1943 escribió y presentó al concurso —por ser el Segundo Centenario de la fundación de la ciudad— la obra "Rancagua en la Historia", obteniendo un primer premio.

*Stella Corvalán.*—La única representante del sexo femenino en estos apuntes. La primera y la segunda enseñanzas las hizo en colegios rancagüinos, ya que residió aquí en esos años, con su tía, la profesora del Liceo de Niñas Sta. Carmela Corvalán; por lo que conserva en ésta amistades. En Santiago siguió cursos en la Escuela de Derecho. Pero, la literatura fue hermosa lumbrera que la convirtió en una de las distinguidas poetisas de su generación. Tiene su inspiración maestría en asuntos criollos y en estrofas senti-

das que hablan al corazón y que hacen despertar ensueños, y todas se prestan para la declamación. Su estro lírico lo ha reunido en algunos libros, como "Palabras" (1943); "Amphión" (1949). Ha visitado naciones de Sur América, España y otras, donde la prensa y revistas han acogido su producción y colaboraciones, alabándolas y aplaudiéndolas.

*Galvarino Montaldo Bustos.*—Conocido escritor. Documentadas páginas de ribetes medulares e históricos han sido sus preferidas, algunas de las cuales han visto su luz en conferencias y diarios, relacionadas con situaciones poco divulgadas. En 1964 entregó al público "La Batalla de Rancagua", en hojas grandes, arregladas en los talleres de El Diario Ilustrado, al que agregó su canto o tonada "El puelche viene bajando", referente al mismo combate. En esa misma fecha tomó parte principal en la fabricación —en miniaturas, curiosas y prolija— de un panorama arquitectónico, con estructuras, calles, casas y escenas heroicas habidas en el Sitio de 1814; construcción que se exhibió en las fiestas octoberinas, quedando en el Museo Histórico.

*Lautaro Silva Cabrera.*—Doñihuano. En Rancagua permaneció unos años, siendo empleado en la Braden Copper, colaborador en órganos de difusión y dirigente de La Tribuna. Su intranquilidad y sus actividades lo han llevado a conocer gran extensión de la República y naciones extrañas. Escribió cuentos, ordenados en seguida en libros, por ejemplo "Río Loco" (1946), teniendo como tela de fondo pasiones y recovecos alimentados cerca a nuestro río Cachapoal, y "Pandemonium" (1958).

*Manuel Méndez Bastías.*—Siguió algunos cursos en el Liceo. Pronto la vida lo envolvió en sus torbellinos y desde hace 23 años atiende la Biblioteca Po-

pular. Ahí es servicial y oportuno para todas las consultas que hacen los concurrentes al establecimiento, en especial para las juventudes de los colegios; con paciencia y amistoso, es guía de ellas y les ayuda a hacer tareas ingenuas o difíciles y a preparar exámenes. Para semejantes labores y para servir y cubrir datos que precisan los asistentes, ha confeccionado archivos, con recortes sacados de diarios y revistas. No ha dejado atrás el influjo de las letras, dándose a conocer como prosista y en poesías, de vez en cuando. Un puñado de esas últimas las lanzó en un folleto de más de 80 páginas, titulado "Flor de Amor" (1939).

*Luis Hernán Valenzuela.*—Joven rancagüino que anunciaba con su inquietud espiritual y artística un amplio porvenir. Pero los dioses se lo llevaron pronto a las regiones desconocidas, bajo el cuchillo de un accidente (Febrero de 1961), perdiendo la localidad una brillante esperanza. Fue uno de los locutores más eficientes en los programas de radio. En un corto viaje, visitó países europeos y Rusia. Compuso crónicas y novedades de corte lírico. Las poesías las acumuló en un volúmen que pensaba publicar pronto, al que llamó "Breviario". Sus familiares cercanos, en su recuerdo, hicieron sacar unos pocos ejemplares en mimeógrafo.

Con todos los libros nombrados, más todos los que no aparecieron, (o tampoco sus autores), podría muy bien Rancagua preparar una importante y pequeña, elocuente y variada Biblioteca, aunque estuvieran sus estantes y anaqueles afirmados en las azules nubes de los sueños y de las ilusiones...

Enero de 1966

## C E M E N T E R I O S

Sin darse cuenta, lentamente a través de los años la ciudad lo ha ido envolviendo y tragando, incorporándolo a su interior, como algo inseparable. Es su epílogo y deben estar juntos. (Fue fundado en 1836, en un pedazo de potrero situado en la vecindad y tiene el agregado de N<sup>o</sup> 1).

No es que la mansión de los muertos haya ido acercándosele para atemorizarla y para hacer recordar a sus moradores que piensen y mediten en el origen y en el término de la existencia. Nada de eso. Es el existir frívolo, nervioso y peeador de los vivos que, sintiendo los latidos del crecimiento y del ansia de dominio, ha llegado hasta ella, arrastrándose con cierto culebreo y con un escaso temor de niño que ha oído cuentos de ánimas en las noches de invierno. De esa manera la ha rodeado y abrazado como amiga, en todos sus límites.

Probablemente, ha querido disipar esa impresión temerosa y de terror, esos pensamientos lóbregos que producen las tumbas y los muertos en el alma de las multitudes, e intenta que todos se acostumbren con la lección de que hay que doblar la postrera hoja cuando se está más ilusionado o cuando menos se piense... Y ha conseguido su objeto, pues ha transformado su epílogo en un lecho que se mece con ella, con el cordel de las preocupaciones embriagadas en intereses terrenales. Así, cada día se sienten más homogéneas y amalgamadas, igual que el espíritu y la carne en un mismo ser. (Este suceso no es sólo de esta ciudad, sino de muchas otras, a causa del crecimiento cotidiano de la población).

Un cronista decía no hace mucho que en Francia

las Necrópolis están situadas a menudo dentro de las localidades mismas o al lado de la iglesia principal, eso sí que ocupan —proporcionalmente— un área mucho más reducida que las nuestras; y tampoco están recargadas de jardines y plantíos que constituyen elementos de adorno indispensables en los camposantos chilenos. Quieren allá no olvidar tan pronto a los que se van ni dejarlos en la distancia. Con una parquedad que agrada, dan una idea precisa de que cerca están los muertos, de que ese es un lugar de reposo, severo, triste, tranquilo, insinuante de sentimientos hondos y provocador de emociones.

Rancagua, sin quererlo, ha podido tener también por su posición, un Cementerio al compas de los franceses, sin carecer de poesía, de esa en que se asocian admirablemente prados, arbustos y árboles frondosos, y, en especial, los cipreses con sus actitudes de Mater Dolorosa. Lo que poco se ha conseguido en el corazón de la ciudad, preocupada y activa, lo alcanzan los fallecidos en su silencioso retiro... ¡Cuánto no anhelamos los con vida una urbe limpia, aireada y con primores de corolas, de verduras y cantos de las avejillas, como esa en que se hartan, sin saberlo, los que se fueron al Más Allá!

Las vanidades hasta allí también llegan con sus sortilegios dorados y existen las mismas discordancias que vemos en todas las comarcas, donde siempre los resortes de las diferencias mueven y guían a los humanos.

Está el barrio antiguo, que fue antaño lo mejor, con sepulturas ahora descuidadas a menudo, centenarias, agazapadas, bajas y en ruinas o con una sola fosa subterránea; otras tienen altura, pero en casi todas las lagartijas, insectos y microbios encuentran excelentes residencias. Muchas de ellas están ya olvidadas y sólo nombres que huelen a desconocido hacen ver que descansan en sus sarcófagos uno o varios restos. Entre las inscripciones borrosas hay nombres

que quizás pocos recuerdan; así se lee, apenas, en algunas planchas: Concepción Molina de N., Pedro J. Zamorano, Pericles Conti, David Aranguiz, Angel Battaglia, Calixto Rodríguez, Juan Moreno, Pedro Melo, Josefa Ramírez de Guzmán, Ramón de la Cuadra, José Farías, Mariano Zúñiga, Carlos Caprioli, Federico González. (Sería lista de nunca terminar si de esta categoría y de las otras anotadas en seguida copiáramos siquiera la centésima parte de los nombres).

Está la sección que fue moderna y elegante en su tiempo, con mausoleos de elevadas torres, almenados interiores y con todas las variedades arquitectónicas del arte funerario. Estucos y formas que copian a mármoles, a palacios y templos, se ven reducidos a pequeña escala, porque mayor espacio estaría de más: un puñado de polvo o ceniza cabe en cualquier hueco. Apellidos muy conocidos antes mejor que ahora, están colocados en los frontis, por ejemplo: Tito Lastarria, Rosa Rivera, Santiago Rubio, Pedro Holman, Joaquín Santibáñez, Marcial Vergara, Elizaldo Bravo, Dionisio Valenzuela, Juan de la Cuadra, Ignacio Jiménez, José del R. Marambio, Tristán Ruz, Mercedes Armijo, Inocencio Romero, Pedro Reynaud. Siguen otros nuevos aspectos: Familias Sinclair, Guzmán Bravo, Cantón Salamanca, Strodthoff Salamanca, Julio Valenzuela V., Naretto Bertetti, Vergara Drognett, Ramón Cerda G. No se mencionan, porque sería imposible, todas las innumerables, hermosas, valiosas y bien cuidadas sepulturas levantadas en los últimos años, en otras tantas avenidas abiertas, donde figuran las oleadas recientes de personas mediana o altamente adineradas del Rancagua contemporáneo. (Es curioso observar que por todas partes hay apellidos extranjeros, en particular anglosajones, árabes e italianos).

Repartidos están los sepulcros de las clases sociales más humildes y que han ocupado lugares que

fueron de los pobres, de fosas comunes; los que se han ido al Cementerio N<sup>o</sup> 2. Y alternando con los diversos grupos, se alzan grandes mausoleos de sociedades o instituciones, como del Cuerpo de Bomberos, Carabineros, Sindicato Industrial Sewell y Minas, Panaderos, Sociedad Bernardo O'Higgins, y el Recuerdo, monumento de mármol blanco con un ángel, colocado al centro, en memoria de los que fallecieron trágicamente en el tranque de Barahona en 1928.

En sus límites con la ciudad, con el fin de aislarlo algo más de sus bochincheros y bullisiosos vecinos que quieren hurgar sus secretos, le han ido construyendo —como una muralla— miles de nichos: rasca-cielos colectivos, liliputienses, con minúsculos departamentos personales o familiares, parapetados y oscuros. También los han hecho en otros espacios de su interior, siendo algunos de dos pisos, en éstos o en aquéllos. Son enormes colmenares nunca terminados, en que duermen o dormirán para siempre las abejas que dejan de latir, de trajinar, de probar el néctar o el amargo de la vida y de fabricar miel en la prosa del destino de cada hombre o mujer que pasa por el mundo. En el misterio de ese recinto, se corren todas las alegrías, sinsabores y locuras, ansias, aspiraciones y maldades. Ante la muerte y ante el Supremo Hacedor terminan las rivalidades, orgullos, vanidades y la igualdad es absoluta.

Nuestra localidad, sin intentarlo, incrustó en su organismo su mejor barrio, el que es un poema sangrando verdad eterna. Lo rodeó, por desgracia, luego con un marco de construcciones vulgares, en sus contornos. Debió tener más delicadeza con ese su resumen que es como una perla cristalizada en tradiciones familiares y ciudadanas, engastada en el orpel y en las pedrerías falsas de un circo cambiante.

Al ir los rancagüinos de ahora por sus avenidas o senderos, sea por acompañar en los funerales, por paseo, o visitar a sus muertos, llevándoles oraciones

y flores, al leer en las portadas de las tumbas, se encuentran con nombres de muchísima más gente amiga o conocida —en los recuerdos, claro está— que al transitar por calles, plazas, oficinas, o al asistir a reuniones grandes, festividades o iglesias.

Se va a hacer un apéndice a esta crónica por que viene la ocasión. Hojeando el diario "El Ferrocarril" de Santiago, de 1872, entre avisos grandes y repetidos y entre largos artículos fogosos, aparece el 29 de Febrero publicada una comunicación dirigida a la Municipalidad de este pueblo por el rico agricultor don Félix de la Cuadra Baeza, rama y tronco de una de las más antiguas y conocidas familias de la ciudad. Después de algunas consideraciones oportunas y sinceras, propone y ofrece gratis a esa autoridad un terreno no muy pequeño, a la orilla de la vía pública y en unos de sus fundos situado en Las Hijuelas, para la instalación de un "Cementerio lego", como dice la oferta. Lo entregaba cerrado con murallas y una puerta de fierro que lo comunicara con el camino. Todo sin costo ni condición para el gobierno lugareño, el que lo manejaría a su gusto.

Según lo explica en la nota, como el terreno no era urbano y quedaba un poco distante, podrían sepultarse allí los difuntos del campo, de Graneros, Codigua, La Compañía. Eran los años en el país de grandes y agrias controversias y disputas religiosas, doctrinales y políticas, orales y escritas, relativas a la separación de la Iglesia y el Estado, a la educación y a la instalación de Cementerios laicos, semejantes a los Parroquiales, que eran los corrientes. Con seguridad, esa fue una de las ideas que inspiró al donante: de que ahí hubiese libertad y no dificultades para dejar en su último aposento a moros y cristianos. Además, pudo también haber influido en su determinación el hecho de que en esos lustros estaba en

apogeo y crudeza la epidemia de viruela que azotó a Chile, y los cadáveres llegarían de todas partes en abundancia al Cementerio reducido, el N° 1.

Al seguir lo publicado en el viejo y grande periódico, se aprobó la cesión. Pero después, quién sabe qué trámites legales, qué influencias vecinales y modalidades vigentes impidieron su construcción.

Todavía no hace cien años y no hay noticias ni rastros dónde se instaló o pudo instalarse el panteón campesino. ¿En qué dirección y cuál fue el nombre del fundo en que quiso materializarse esa dádiva? La subdelegación de Las Hijuelas, junto con la de Las Chacras, comprendía los sectores rurales hacia el poniente y norte de Rancagua, unidas con otras por el camino Real que desde la antigüedad comunicaba a la capital con el centro y sur del país; arteria que tenía en la región otros complementos, para mayor comodidad de los pobladores y viajeros y del tránsito de ellos, de sus vehículos, animales y de las abundantes producciones agrícolas y caseras.

Los señores Cuadra o de la Cuadra han sido muchos, escalonados en las diversas etapas de la Colonia y de la República, con puestos representativos en la Comuna y en instituciones privadas y públicas, influyentes y de figuración, con propiedades urbanas y rurales. De uno de ellos fue el fundo Casas Coloradas, escenario en los preliminares de la batalla de Octubre de 1814. Desprendido con el terruño, como dando ejemplo a los ciudadanos y a los nuevos ricos, Don Félix se dio la satisfacción de ofrecer y regalar un sitio cerrado para enterrar cadáveres, sin distinción alguna.

Y, cosas de los tiempos, nadie conoce ahora ese Cementerio, ni las causas que imposibilitaron su establecimiento. No le hicieron eco, y él se quedaría estoicamente tranquilo y satisfecho de la ingratitud e indolencia de sus conterráneos...

Enero de 1965

## ALAMEDA BERNARDO O'HIGGINS

Se la puede dividir en tres sectores. La parte antigua o central de ocho cuabras de largo, ya fue descrita en una crónica publicada en el tomo primero de "Motivos Rancagüinos". Pero está ahora sumamente cambiada y remozada, no cabiendo con exactitud los términos anotados entonces, sobre todo: si contemplamos la destrucción del ya viejo, incómodo y estrecho Hospital San Juan de Dios y que ya había cumplido con creces su misión humanitaria, siendo reemplazado por una moderna y magnífica, grande y vistosa construcción de varios pisos, y que tiene o tendrá las comodidades y los adelantos más necesarios y en boga de la ciencia y de la medicina: un establecimiento regional digno y capaz de satisfacer las necesidades de la salud; si observamos la desaparición de las acequias que corrían a sus lados, las plantaciones y renovaciones de árboles, los jardines, las estatuas, prados, escaños, iluminación, espejos de agua, juegos infantiles y otros adornos que gradualmente ha recibido y han engalanado; si observamos la pavimentación, los edificios particulares refaccionados o elevados sobre las dimensiones de algunos ya ruinoso y antiestético que se hicieron desaparecer, y otras novedades que han subido bastante la perspectiva y el progreso del barrio y de Rancagua. (Muchos de esos trabajos y adelantos fueron programados y ejecutados durante la administración comunal

del activo Alcalde don Patricio Mekis, junto a otros que la localidad le agradece).

Se continúa ahora la materia hablándose en las narraciones siguientes de las terminaciones que recibió el paseo en sus dos extremos, aparecidas en un periódico en 1959.

Por supuesto, la presencia de estas vías también ha variado desde ese año hasta hoy.

**ALAMEDA OCCIDENTAL.**—Así habrá que llamar momentáneamente al tramo comprendido entre Av. San Martín y la línea de los Ferrocarriles. Es una continuación que con el tiempo hubo necesidad de hacerle, en esta dirección, a la tradicional Alameda Bernardo O'Higgins, que no pasaba más allá de aquella avenida por el occidente.

Si bien la amplitud de la delineación seguía en este extremo, nunca se consideró urgente su estiramiento urbanístico y se le tomaba sólo como callejón de acceso suburbano de la ciudad.

La denominaban antes "Avenida Cementerio" por estar en uno de sus costados el único camposanto que tenía Rancagua, el hoy importante Cementerio N<sup>o</sup> 1. Por el otro lado, pasada la calle tierrosa o barrosa, en toda su longitud corría una acequia a tajo abierto, dispareja, hedionda, canagosa y con aguas inmundas. Y luego, unos terrenos bajos y pantanosos, verdadera tierra de nadie, donde a veces la gente echaba a pastar sus animalejos, la terminaban hasta limitar con el Fundo San José.

A menudo servía eso también de botadero de basuras que se extraían de la población. En fecha olvidada, junto a la línea férrea fundaron el Matadero Municipal, al que llamaban El Cuadro, y los matarifes o "cuadrinos" eran de nombre, por las pendenencias y riñas que armaban y por sus costumbres "cuchilleras", después de las libaciones abundantes. No

escaseaban los asaltos y los crímenes; era peligroso pasar por ahí en cuanto oscurecía y cada mañana fácilmente se encontraban muertos y heridos.

Las aperturas de las calles Santa María, Rubio y Alemania la hicieron relacionarse con la Avenida Brasil, la Estación y el centro. En los tiempos seguidos, la construcción de las Poblaciones Valenzuela y Rajcevich la enlazaron a otros sectores y le han traído mayor movimiento y animación.

Pronto se abrirá la arteria ancha, paralela a la línea del Ferrocarril, que la unirá con el Mercado Modelo, y circularán por ahí, diariamente, toda clase de vehículos cargados de productos, ya hacia o desde tal establecimiento. El intenso tráfico y el despliegue de ideas comerciales, le traerán rápidas novedades y le inyectarán dinamismos antes desconocidos y nunca soñados, ya que esa parte, hasta ahora, no ha cambiado mucho en su aspecto; y todavía la limitan casas viejas, modestas, feas y de escaso valor.

En la hora actual, hay esperanzas de que siga recibiendo otros golpes de adelanto y progreso, superiores a los que obligaron a levantar la Iglesia del Carmen, los hornos crematorios y a linearla en la forma en que hoy se ve.

El pavimento de sus calzadas y de la mayoría de sus aceras, la formación de algunos prados verdes y la colocación de una estatua del escritor español Tirso de Molina, impresionan favorablemente y dan brochadas que agradan.

Está en proyecto el formar una explanada o plazoleta en el espacio situado frente a la puerta principal del Cementerio y de la Iglesia, lo que facilitaría mucho el movimiento de carruajes y de público en las fiestas religiosas y en los funerales. A la vez, sería beneficioso dilatar más allá de la plazoleta, hasta su término, la configuración y planificación anterior del resto de las Alamedas, con nuevas hileras de árboles y pavimentación; y como puntos especiales del

vasto programa la renovación paulatina de la mayoría de su edificación y su ensanchamiento.

El soplo de modernización que ha sacudido a Rancagua, también tenía que repercutir ahí; mejor ahora que está relacionada con aquellas poblaciones nombradas por medio del alargamiento de Avda. Santa María hasta ellas. El traslado del Matadero y de los Hornos Crematorios a otros puntos más lejanos y convenientes, ayudará a transformarla y a hacer de ese pedazo una feliz terminación de la antes colonial y solitaria vía.

**ALAMEDA ORIENTAL.**—El croquis de la primera Alameda o Cañada del Norte la hacía colocar sólo entre Avenidas San Martín y Freire. El agregado hacia el oriente también era un camino ancho y abandonado, el que era llamado La Pampa, que seguía a continuación de la Acequia Grande y Avenida Freire por un lado y el callejón Illanes por el otro. No deja de tener esa parte sus páginas con recuerdos históricos. Según la tradición, el General O'Higgins y sus cansadas y escasas huestes que pudieron acompañarlo —como final del glorioso desastre de 1814— después de recorrer dos cuadras en calles Cuevas y Almarza y una cuadra en Cáceres y Zañartu, llegaron a la Alameda y luego a La Pampa, hasta alcanzar el camino de Chada, que los conduciría a Santiago.

El callejón Illanes ha sido conocido vulgarmente como callejón o camino de los Pavos, porque allí desplumaban las aves de ese y de otros nombres, las que después se arreglarían y cocinarían, para servir las, cuando en tal sector se celebraban las fiestas del dieciocho. Al terminarse éstas, las que duraban cuatro días, el suelo del camino quedaba blando, igual a un plumón... Los festines eran amenizados con fondas y ventas surtidas, licores, títeres, palos encebados, concursos populares, bandas de músicos, desfiles, bai-

les y otros programas de entretenimientos para el público. La gente del campo y comerciantes venían y se instalaban aperados de carretas, comistrajos, licores, utensilios y servicios, trayendo también mesas, sillas y camas, aposentándose ahí durante esos días y haciendo sus negocios. El barrio y el espacio eran apropiados para desarrollar y cubrir a sus anchas las preocupaciones y alegrías de esas generaciones de rancagüinos.

Con el tiempo, las celebraciones se fueron haciendo más presumidas y cortas, con menos libertad, y se acercaban al centro, perdiendo poco a poco el colorido con que antaño se encendían. Por tal motivo y por varios años, una especie de abandono tendía su manto gris sobre La Pampa, y solamente era nombrada y sentía latidos de humano entusiasmo al ser aprovechada como cancha de carreras "a la chilena". Se efectuaban los Domingos, concurrían muchos aficionados a ese deporte sencillo y se entrecruzaban apuestas de dinero entre los propietarios de caballos o los asistentes. La sombra y el verdor de unos frondosos eucaliptus eran manchas espirituales que iluminaban algo los prosaicos pasatiempos y obsequiaban sombras.

Continuó en su existencia un lapso amodorrado, sin que el progreso y la escoba municipal la rozaran siquiera de tarde en tarde. Fuera del escaso vecindario de sus orillas y de los alientos y soplos de vida que recibía de los otros caminos que le llegaban como afluentes (La Cruz, Victoria, La Compañía), casi era desconocida por el resto de los habitantes nuevos de la ciudad. Un poco de agitación y popularidad le dio la instalación, en 1897, de la primera Fábrica de Conservas del industrial don Juan N. Rubio, en una gran casa de su propiedad, faena que después fue trasladada a su sitio definitivo, en calle Larga (Membrillar) esquina Freire.

En épocas más modernas, el Municipio hizo

arreglar, más allá de la Acequia Grande, el terreno y plantar árboles, arbustos y jardines, paseo llamado "5 de Abril". Durante la primavera, unos durazneros de flor, colocados en seguida, comunican al ambiente llamaradas de colores blancos y rosados, componiendo una matización armoniosa y de buena vista, completada mejor con estatuas y escaños que prestan servicios a los visitantes. La apertura y construcción de la Carretera Panamericana Sur o Longitudinal, además de atravesarla, le trajo un corte adecuado y un remezón de delante. Fue otro golpe en su rejuvenecimiento que aplaudió todo el mundo y se prosiguió su urbanización y su hermoejamento, ya que cambiaron su iluminación, el pavimento y donde había tierra y piedras se pusieron prados, arbolitos y cuidados, en toda su extensión. Así se ha hecho variar por completo su fisonomía y es una digna entrada de Rancagua para los vehículos que vienen del norte o del sur.

Y llegamos a 1966. Con los estiramientos de la Alameda o Avenida Bernardo O'Higgins y con todos los arreglos y trabajos ya anotados, tanto en su antiguo plano como en sus agregados, se ha convertido en el más largo y hermoso paseo, en el pulmón de esta urbe, en el paisaje más panorámico y amplio que posee.

Falta ahora, la visita y concurrencia —en sus 16 cuadras o más— de público en abundancia, en las tardes o días festivos, para que paladee en las transformaciones favorables que ha tenido la suerte de conquistar. Que no sólo los médicos, el personal del Hospital, los enfermos y sus parientes, vayan en esa dirección; que no sólo los que viven por ahí y las parejas de enamorados le comuniquen valor y calor de humanidad con sus paseos y sus conversaciones.

Y faltan también las personas con dinero dis-

puestas a invertir, las sociedades constructoras y las Cajas de Previsión para que levanten en sus lados edificios de buena arquitectura que reemplacen a los tantos vejestorios que existen o que llenen terrenos y sitios vacíos. Se requieren chalets, villas, quintas, altas construcciones en series, todas de buenos colores y líneas, ya que la Alameda, en su largor, es como una gran página en blanco, lista y dispuesta a dejarse amansar frente a brillantes perfiles del auge de la vivienda y de cualquier adelanto que la eleven y la distinguan de otros barrios.

Todo entero este paseo, visto desde la altura, su extendida y amplia faja se ve igual a un río verdeguente, de suaves ondulaciones, que atraviesa íntegra a la ciudad —de oriente a poniente— cerca de su costado norte.

Enero de 1966.

## LOS VICTORIAS

Por desgracia, no proporcionan a la ciudad una fisonomía particular ni un rasgo característico y curioso, que sirvieran de atracción a los turistas que se aburren en sus países contando millones. Simplemente, son carruajes comunes en nuestras calles. Y los hay también en otras partes, como en San Bernardo y Viña del Mar, eso sí que los de esta última ciudad son más limpios y tienen mucho mejor aspecto, y son arrastrados por un bonito caballo, detalle que imitaron aquí para ahorrar un animal y sacarle el jugo al otro.

Llegaron a Rancagua hace tiempo, a reemplazar a los coches postinos y a los tranvías que corrían desde la Estación hasta la Alameda y viceversa, por las calles Brasil, Independencia y Estado. Hace unos 20 años atrás, por el recorrido urbano, los cocheros—como siempre se les ha llamado en vez de victoriosos—cobraban sólo \$ 1, por persona.

Todos los victorias han tenido un origen de abo- lengos. Su mocedad fue de tinte distinguido, y sus primeros dueños fueron gente de alcurnia o adinerada; y el landó es un pariente de ellos más encumbra- do todavía.

Antes que se inventaran y que arribaran al país los automóviles particulares, las familias ricas y los políticos santiaguinos tenían un coche cerrado para ciertas ceremonias o para el invierno, y los victorias para ir de paseo al Parque Cousiño, a la Alameda o

cercanías de la capital. Los cocheros de ambos carruajes llevaban uniformes, libreas, y chisteras, al estilo parisiense; les estaba prohibido el uso del bigote; los caballos eran de hermosa presencia y de fina sangre y en las pezuñas les colocaban untos lustrosos y brillantes. Si estos vehículos pudieran escribir sus Memorias y contar todo de lo que han sido testigos, ¡cuán sabrosas serían sus noticias!

Con la llegada de los automóviles, los antes útiles victorias, ya algo o mucho desvencijados, tuvieron que ir abandonando poco a poco las cocheras y los tradicionales recorridos metropolitanos y se vieron obligados a democratizarse y a emigrar a las provincias, no solamente a servir a las personas ricas, sino a todo el mundo. Necesitaban prestar medios de comunicación en todas direcciones y a bajo precio, por cortos espacios y poco tiempo, a la gente apurada o enferma que necesita trasladarse de un lugar a otro. Los micros, buses y autos de arriendo que después han aparecido, les hacen compañía o son sus competidores, pero con mayor velocidad.

Así, rebajados de categoría, dejados en el diario vivir los ropajes de buen gusto y la prestancia física, llegaron también hasta esta ciudad, los que proporcionan bastante utilidad, ya que carecemos de medios de transportes apropiados y modernos, económicos y en abundancia. Eso sí que con otros congéneres no motorizados, contribuyen a emporcar las calles y a mantener un aroma no muy agradable en la baja atmósfera...

Al mismo tiempo, poseen otros puntos débiles, producidos por la edad y trajines, por los remiendos y los favores prestados a la humanidad desagradecida, lo que ha dado motivo para que les quede poco de su arrogancia, de su buena presencia y de su seguridad material. Y lo peor del caso es que, aún así, todavía sienten orgullo despreciativo, pues si en la

Estación de los Ferrocarriles, a la hora de llegada de los trenes, una persona sola quiere obtener sus servicios, rara vez es atendida; los aurigas no oyen o dicen que están ocupados, o detestan a los solitarios, quienes tiene que formar en cortos instantes una sociedad mutualista para que puedan ser llevados oportunamente a sus respectivos domicilios...

Además del aspecto aldeano de estos coches, a menudo parece que se van a desarmar, en sus tantos recorridos diarios. La crujidera de su carrocería, de sus armazones y resortes es grande, monótona y nada de suave en su vaivén. En lo mejor que las gentes que los usan van divagando o soñando en proyectos y negocios, resolviendo a su gusto los problemas íntimos o familiares que les afectan, o pensando, llegar pronto a su destino, rodeados de maletas, canastos, paquetes, niños o ilusiones, ¡zás! se le sale la llanta o el pedazo de llanta de goma a una de las ruedas, la que empieza a tiritar y a arrastrarse, a trastabillones por el pavimento..., comunicando movimientos temblorosos al vehículo y a los pasajeros asustados. El cochero, al darse cuenta del accidente, detiene los jamelgos y debe ir a coger media cuadra atrás la traviesa goma y arreglarla provisoria o definitivamente con trozos de alambre o de cordel.

En otras ocasiones es el pobre bruto el que hace fiesta, al resbalar y caer estrepitosamente, produciendo emociones de estupor y miedo en el corazón de los ocupantes, en especial del sexo femenino, al salir de su normalidad y de su riel la presión arterial y el buen ánimo que llevaban. La huasca, la ayuda de comedidos y unos sacos viejos, extraen del fatigoso pantano al grupo y el cuadro cambia de escena.

Generalmente, los victorias se recogen temprano a sus aposentos suburbanos. Pero ciertas veces, por negocios u otras conveniencias, sus conductores se olvidan del reposo, y de noche, en las altas horas o al amanecer, los que no han podido dormir sienten,

en medio del silencio, el traqueteo bullicioso y traspasado y los estertores temblorosos de sus resortes y ruedas. Y el compás que los cascos de los animales llevan en las pisadas —reflejos de cansancio que casi los agota— es como el ritmo que engalana a la rústica y estridente canción nocturna que van tarareando con todas sus moléculas el secular objeto de transporte urbano y el auriga algo beodo.

Setiembre de 1957.

## CASA DE LA PILASTRA DE PIEDRA

Hay que llamarla así, ya que la tradición no nos ha legado un nombre sugestivo que sirve para simbolizarla en la cadena del tiempo. Esa piedra cilíndrica que parece labrada con cinceles inspirados por un artista anónimo y modesto, esa piedra que le sirve de pilastra y sostén en la esquina —tan firme como pedestal de alguna obra maestra— tiene que ser su divisa para que podamos nombrarla los que vagabundemos por la Tierra y para que puedan llamarla también los futuros habitantes.

Su conjunto severo, sencillo, algo majestuoso, comparado con la vecindad o con el resto de la población, se yergue en calles Estado con Ibieta. Todos la miramos por fuera; es nuestra conocida y la saludamos apenas, sin intimidar con ella, porque al verla creemos que es difícil para dar confianza.

La arquitectura que dibuja es diáfana, de sobrio corte colonial. A pesar de algunas transformaciones internas o externas que ha sufrido y cambios en ventanas y puertas, que tienen la degeneración de líneas nuevas o cómodas, tiene y trae un leve perfume antiguo que subyuga, entre cuyas volutas invisibles vienen envueltos en pátina episodios históricos y de costumbres ya idas y que, ya no imaginamos. El color blanquizco de su fachada hace resaltar más su majestad de matrona respetable, pero un tanto reconcentrada, que poco da cuenta a estos días de dinamismo y de evoluciones revolucionarias de hechos del antepasado existir. Ninguna cosa nos dice

de intimidades o vulgaridades de otros años, ya familiares o de importancia para el conocimiento anecdótico de la ciudad o de la patria. Como una pirámide egipcia, permanece un tanto retraída, y se nos figura estar siempre en oración y que guarda muchos viejos secretos para llevárselos cuando desaparezca y la lancen a las tinieblas de la nada, con el objeto de abrir cancha a construcciones que por su estrechez, por su liviandad, lucro y aprovechamientos respondan fácilmente a las exigencias de la epiléptica y espasmódica vida presente y a los problemas derivados de su explosión demográfica.

No fue ni es un edificio común, de esos que se pierden en medio del sinnúmero de casas agazapadas, de un piso, parecidas, chicas y fabricadas con pocos moldes de albañilería, sin ese algo y ese soplo que sepa diferenciarlas a unas de otras. Es un edificio que tiene personalidad propia y que ha sabido hacerla perdurar; y responde su firmeza para llamar aún la atención después de más de cien años de existencia, soportando el peso con el gesto displicente que ha sabido aprender. No nació con el sello de esas construcciones que vienen y desaparecen sin dejar rastro ni recuerdos que dignifiquen a su siglo, como fueron las que han caído o que caerán o como las que en abundancia todavía subsisten. Salió de la repetida igualdad y en plenos días de novedades chillonas, de ensayos, de bombas atómicas y de excursiones espaciales, ella presenta su sobrio frente y sobresale y se distingue, pues se adelantó un poco al cambio arquitectónico que siempre se hace esperar en esta ciudad hoy progresista y de dilatado porvenir.

La Casa de la Pilastra de Piedra, en vista de la amplitud en todos los detalles, debió de ser construida para desarrollar un elevado fin colectivo dentro de su interior, apropiada para dividirla en vastos depar-

tamentos. Tal vez una casa de encomiendas, una posada elegante, una especie de club social donde se reunirían los hombres prominentes y sociables, a deliberar y conversar de asuntos baladíes o a comentar las noticias llegadas de Santiago y de otras partes.

Que se la edificó para que saliera de la vulgaridad lo explican su estilo solariego de aleros pronunciados y sobresalientes, sostenidos por vigas labradas, continuación de las de adentro; su ancho frente; las espaciosas salas del piso alto y las laterales del piso bajo, enladrilladas y con cielo de embarrado entre las vigas, en forma de estuco; el gran portalón o zaguán que daba a la calle Estado, tan ancho como para permitir el paso de carretas y otros vehículos, ahora dividido en dos pasadizos para dejar entrada a las dos casas en que se dividió la que daba también a calle Ibieta; sus pequeños balcones y ventanas; sus patios empedrados; sus altas murallas gruesas, de adobes, espesas y fuertes, como para resistir las embestidas de los años y de los cataclismos. Si no tuvo un carácter colectivo, probablemente se la levantó para que sirviera a familias de abolengo o adineradas; residencia donde sus pobladores reunían a la vez cierta fastuosidad provinciana, el brillo de una buena educación y el fulgor del gusto artístico y de la comodidad.

Sea lo uno u lo otro, queda fijado el hecho de que se la quiso hacer monumental para aquellos tiempos de atraso, y ahora puede todavía considerársele algo monumental, aunque ha perdido dimensiones y su patio interior que servía de arboleda y hortaliza. Nuestra misión de cronistas ligeros impide que averigüemos el origen y leyenda de esta vieja morada. Que otros busquen en documentos o en los ecos de la tradición oral, seguras fuentes de información.

Hace sesenta años, en una de sus dependencias, cobijó a una escuela pública de niños durante un período. Poseedores siguientes tuvieron en la pieza de la esquina un almacén, los que parecían contagiados con el espíritu arcaico de que ha estado embalsamada. Al visitarla en una ocasión en un atardecer, al contemplar a las señoras y niñas en sus silenciosas habitaciones, al pisar los entablados que sonaban con oquedad o sus empedrados patios ruidosos, no sabemos por qué pensamos que habíamos dado un enorme paso atrás y que nos encontrábamos de repente en plena Colonia, atrayente por su tranquilidad después desconocida. Tanto la propiedad entera como los que la ocupaban formaban un trozo de elevado pretérito, incrustándose en medio de la localidad agitada por revoltijos culturales y materiales.

Con las edades que se escurren y que todo lo cambian, el gran edificio se fue desmembrando; pedazos pasaron a otros dueños, igualmente el terreno que tenía por calle Ibieta. Un trecho grande, por Estado, hubo que botarlo, hace poco. En el local de la esquina, con sus dos pisos —frente al cual existió hasta principios de esta centuria una pequeña y añosa iglesia franciscana —el artista chileno Alejandro Flores P. y su esposa, Carmen Moreno, instalaron un Museo Histórico Militar, en Octubre de 1950, o Casa de la Patria. Después, en Diciembre de 1953, fue adquirido por el Gobierno, siendo enriquecido por regalos apropiados hechos por los rancagüinos en lo sucesivo. Presta muchos servicios en la educación e instrucción y es visitado continuamente por gente de aquí, foráneos y estudiantes. En sus salas guarda y alberga amorosamente, con cariño, objetos, muebles, servicios, retratos, prendas, utensilios, imágenes sagradas, obras de arte o religiosas, balas y armas usadas en la guerra de la Independencia; cosas que anduvieron dispersas, y ahora con paciencia reunidas, y todas con olor a historia patria. Muchas pertene-

cientes antes a personajes que intervinieron en los problemas y en las luchas que dieron formas a nuestra nacionalidad, no faltando recuerdos de épocas más modernas.

Sin embargo, tiene mayor concurrencia y segura en las horas nocturnas y solitarias, cuando el silencio clava mejor cortinas en las ventanas cerradas, alejándolo de comunicaciones con las calles y los barrios y con el mundo; y en medio de la oscuridad medrosa, en las altas horas de la noche, acuden los espíritus de las personas que allí vivieron, y muy especialmente de las que fueron dueñas de cuanto en el recinto existe. Vienen a hacer tertulias mudas, a tener rozamientos inmatrimoniales con la casa entera, con sus prendas, menajes y objetos; a mirarse en sus retratos y a reunirse con los que se sintieron inspirados y atormentados por los mismos ideales.

Los alrededores permanecen dormidos o somnolientos y no se sienten ni los más leves rumores. Antes que empiece a aclarar el alba, los postigos apenas se entornan, las visagras se mueven, los pisos crujen, las maderas lanzan susurros suaves, los muebles refunfuñan silenciosos en las sombras, y todas esas almas encerradas durante unas horas vuelan al misterio de su mansión eterna. Y no permiten que ningún ser viviente se dé cuenta de sus paseos y reuniones en este valle de lágrimas; y para evitar también, conociendo sus hábitos, que se levante una atmósfera de comentarios y suposiciones, las que propagarían noticias de la aparición de ánimas en pena, la invasión de fantasmas o la presencia de suspiros de ultratumba o de entierros de tesoros fabulosos dejados antaño, en un lugar que es un establecimiento más respetable y digno de ser visitado por los pobladores de hoy y del futuro, sin miedo alguno, y que tiene el nombre de "Museo Histórico de Rancagua".

Octubre de 1961

## TORRE DE LA MERCED

En lo alto ya se enluta  
y ondea una bandera  
señalando así la ruta  
de heroísmo y lucha fiera  
que solemne a los patriotas  
guiará en tales instantes.

Las cadenas que están rotas  
buscarán sangres triunfantes  
y el emblema de arrogancias  
que unifique un arrebol  
de esta tierra las fragancias,  
siendo el jefe su crisol.

No habrá tregua ni desmayo  
¡y jamás la rendición!  
mientras cante y hiera el rayo  
que da luz a una nación.

El desastre o la epopeya,  
en el sitio rancagüino,  
convirtiéronla en estrella  
que se cubre en pergamino.

Su misión quedó grabada  
en las redes del honor,  
anunciando pinceladas  
y raíz al tricolor.

Fue testigo refulgente  
de inmortal realidad;  
del mañana y del presente  
será flor de libertad.

Revestida está de gloria,  
aureolada está de fama.  
Brilla fresca en la memoria,  
salta siempre como llama  
en la mente del chileno  
esta torre bendecida,  
porque en ella, en su seno,  
soñó O'Higgins, alma herida,  
con noblezas alcanzar  
la victoria en sus trincheras.

Además de él observar  
la legión de los Carrera  
y el valor en cada asalto,  
¡también pudo en este muro  
indagar desde lo alto  
de este Chile el gran futuro!

Octubre de 1956



## INDICE

Págs.

Introducción .....	5
Las Banderas de Rancagua .....	7
Pajarera que desaparece .....	17
Periodismo Rancagüino .....	21
Monumento al Prócer .....	29
Vieja Escuela de Hombres Nº 1 .....	33
Cerro Orocoipo .....	39
Motivos Culturales .....	43
La Copa .....	49
Colonias de la Ciudad .....	53
Minas Superficiales .....	59
Espacios Sobresalientes .....	63
Revistas Rancagüinas .....	69
Población Rubio .....	77
Reminiscencias de un Gran Incendio .....	81
Autores Rancagüinos .....	87
Cementerios .....	99
Alameda Bernardo O'Higgins .....	105
Las Victorias .....	113
Casa de la Pilastra de Piedra .....	117
Torre de la Merced .....	123

